

Buscando el Paraíso

Marta Susana
Prieto

*Una pequeña novela de aventuras engarzada en una historia mayor, la
conquista de las Higueras y Cabo de Honduras.*

Dedico este trabajo a mis hijos:

*Antonio José
Marcela María
Claudia Cecilia y
Marta Susana,
todos Oviedo Prieto*

y a los nietos que me han dado, y constituyen mi mayor felicidad.

"En el Golfo de la Ballena, entre la Tierra Firme y la isla de la Trinidad, Cristóbal Colón estaba seguro de estar cerca del Paraíso Terrenal, dando por razones la gran templanza de la tierra y mar por donde andaban, estando tan cerca de la línea equinoccial, la cual unos juzgaban inhabitable...antes por allí, estando el sol en el signo Leo, por las mañanas hacía tanto frescor, que le sabía bien tomar un ropón enferrado". Y más adelante: "Pasando 100 leguas de las islas Azores y, noruestreaban una cuartas las agujas y más, e iba creciendo la templaza y mediocridad de los tiempos suaves", y mirando aquí en estos lares que el mundo no era tan redondo como decía Ptolomeo, sino esférico, que más bien se lo figuraba como una teta de mujer, una media pera que tuviera un pezón muy alto y que el aire del cielo estaba debajo de la línea equinoccial, y que sobre aquel pezón que se figuraba podía estar el Paraíso terrenal, siendo prueba de su cercanía, que en estas tierras los seres no eran tan negros sino que algo blancos y nada cobardes, lejos de eso, hacían gala de mucho ingenio y muy bien hechos, no como en los viajes por el Cabo Verde en que a medida iban bajando de grados la gente se volvía más negra. Halló Colón tan bellas cataratas que no había más explicación que vinieran estas aguas del Paraíso terrenal y descender a ese golfo y que en algun lugar cerca debía estar el nacimiento de los cuatro ríos: Nilo, Tigre, Eufrates y Ganges, o habría que ir hacia ellos por sus cataratas debajo de la tierra o de la mar. En fin que los aires tan benignos, los olores y la frescura, lo verde y lindo de las arboledas, tanta agua dulces, que cada una de esas maravillas por sí sola podía el Paraíso, la simplicidad, la liberalidad "la afable conversación, la blancura y la compostura de la gente."

Así contaría Fray Bartolomé de las Casas, muchos años después del descubrimiento del Nuevo Mundo, sobre las razones de Cristóbal Colón para asegurar que andaba por los albores del Paraíso. Todas esas ideas prendieron de tal manera en Domingo Salcedo, natural de las tierras de Badajoz en Extremadura, que llegó un momento en que ya no supo si fue que las oyó, si las soñó o fue un angel que se le apareció entre sueños para predestinarlo a lo que viviría en los muchos años que tenía por delante, siendo por esa razón que nunca renegó de nada, sino mas bien con gran paciencia y dulzura y con muy grande amor a Dios aceptó todas las pruebas como el Buen Jonás, que terminó adentro de una ballena. Esta visión no se le presentó de un solo sino que poco a poco se le fue revelando, en muchas ocasiones, comprendiendo lo que había vivido hasta años después que se desarrollaron los hechos.

"En un principio fue el Paraíso..." pareciera que así comenzara la historia de Domingo, la vida de Domingo y su búsqueda.

Pero esta historia comenzó un buen día, en Badajoz.

Capítulo Uno: El Mar Océano

UNO

1

Nunca podría decir exactamente cuándo dio inicio aquel insistente pensamiento, aquella obsesión que le hizo atravesar océanos, retar tempestades, sufrir enfermedades, soportar hambre, resistir lluvia y frío, cargar culpas y perdones aunque amando y siendo amado pero consumido por sus desaciertos, desafiando abismos, dejándose arrebatado por la esperanza y mil sucesos más, sostenido e inspirado por la singular búsqueda, mientras tantos otros miles se dedicaban a la exploración de una Gloria más concreta: la simple y sencilla tarea de escarbarle el oro a la tierra, él trajinaba por el mundo inspirado por la idea luminosa, la solemne y majestuosa certidumbre de encontrar el Paraíso.

Traedme el Espéculo, recuerda perfectamente las palabras del Maestro, con ese siseo suyo tan propio de Extremadura, y Domingo sabe que se trata del conjunto inicial del corpus jurídico español; podía haberle sentenciado: traedme El Setenario, y por igual hubiera sabido que se trataba del proyecto de Fernando III, el Santo, sobre derecho canónico; o si hubiera expresado traedme las Siete Partidas, estaba al tanto que el tratado regulaba la vida de Castilla en todos los ámbitos, desde las relaciones jurídicas entre señores y vasallos hasta el derecho del matrimonio, familias y linajes, estados sociales, derecho mercantil y derecho penal.

Analizando los hechos, sabe que no fue en los sermones de misa de domingo sino antes, allí, en esa Biblioteca, con letra mayúscula, de la familia noble y rica de los Almanza, mientras cargaba los inmensos volúmenes de los Bestiarios, porque la sabiduría pesa, decía el Maestro, meciendo de un lado a otro las corpulentas magnitudes de la Historia Natural de San Alberto Magno, los de Plinio el Viejo y la Santa Biblia, los tratados líricos, jurídicos, históricos, científicos y recreativos salidos de la mano del rey Alfonso X de Castilla, el Sabio, o las obras de la Escuela de Traductores de Toledo. Sacudiendo el polvo de los lujosos volúmenes, hurgando al descuido las miniaturas de los manuscritos alfonsíes, escudriñando los códices en lengua castellana o romance, a diferencia de los que utilizaban las universidades, escritos en Latín, sentía que se le iluminaba la mente al sólo contacto con la sapiencia.

Esa vez el Maestro, dispone: tened sumo cuidado, que allí cargáis la sabiduría del mundo, mientras camina de un lado a otro de la Biblioteca y Domingo lo sigue de cerca, palpando sin querer, como al descuido, los iluminados textos, desempolvándolos o trajinándolos de un lado a otro, sintiendo crepitar por dentro la llama del conocimiento, con la efervescencia de una fruta en madurez. Si al tacto, por ósmosis, si por la piel pudiera implantársele aquel conocimiento Domingo sería sabio. Pero tal cosa no es posible, cuesta largas horas de una vida entera examinar y descifrar la sapiencia de los textos, sin llegar a abarcar del todo la ilustración que contienen; y él, humilde mortal, tendría que conformarse con añorar, dejar encender su mente con la cercanía de las obras y durante la charla continua del Maestro.

Se dirige hacia el ventanal y lo abre, por orden de aquél; desde allí, se escuchan, a lo lejos, los gritos apagados de los mozos de las caballerizas. Al descuido, observa los infinitos campos de los Almanza. Apenas el sol está en su ruta sin llegar al cénit, y la brisa fresca trae los aromas hasta la segunda planta de la Biblioteca, cuando ordena la voz del Tutor: Continúa, se le escucha decir con los pensamientos al aire mientras sus largos dedos huesudos acarician Las siete edades del mundo, raro ejemplar de la Biblia en 250 octavas reales con episodios de historia clásica, obra del converso Pablo de Santa María. No se dirige a Domingo, sino hacia el murmullo que sale de los labios de Francisco de Almanza, el alumno, recitando en Latín. Igual podría ser Griego, cuando no la Gramática o el canto, materias que le darán la educación formal de un muchacho de su clase, para terminar de hacer de él ese hombre superior como debe ser el hijo único del Duque de Almanza. Cerca, escucha Domingo, sin atreverse a delatar su presencia; espera al señorito. Mientras, abre las dos puertas de par en par, a lo lejos, un relincho le distrae recordándole de Halcón, el potro aún no domado en el corral, y su mirada se vacía en el campo interminable del dominio de la familia: por unos instantes se dedica a soñar. Más que un intruso observador es un ser anodino infiltrado en el recinto, aprovechando su libertad de entrar y salir por la casa como un sirviente de confianza, da igual si está allí, o no, escuchando ávidamente sin que nadie le preste atención.

Sin querer, posa las manos sobre la médula sagrada del conocimiento, sobre el libro favorito del Maestro, la Santa Biblia, la madre de todo el saber que el hombre atesora hasta el momento, el resumen del juicio y la noción de todas las cosas. Preguntad al Tutor lo que queráis, lo anima en ocasiones Francisco, cuando andan entre juegos y correrías, como dos amigos, como hermanos de crianza, podría decirse, más que un noble con su mayordomo o escudero, pero él nunca se atreve.

Domingo no cuestiona al Maestro como dicen al Tutor, por timidez; prefiere escuchar sus palabras inspiradas. Mientras el verdadero pupilo se entretiene en encrespase la melena rubia y esperar a que pase el suplicio de la formación, mirando ansioso el campo desde el ventanal, ávido de ordenar alcemos vuelo, como dice antes de montar los caballos y galopar desbocados por el campo, Domingo eleva la imaginación por montañas y hondonadas, barrancos y despeñaderos, cabalgándole la mente por encima de los libros viejos de aquella especie de Jardín de Las Maravillas que es la Biblioteca. Allí fue donde escuchó aquella declaración, por primera vez.

Es la mayor noticia de todos los tiempos truena la voz admirada del Tutor hablando para sí mismo o quizá contestando a la pregunta de Francisco; la Divina Providencia se manifiesta de insólitas maneras agrega. Es un hecho que a todos tiene atónitos, confundidos, dice el tutor, que a un aventurero sin prestigio, a quien nadie daba crédito hacía tan pocos meses, concede Dios la fortuna de corroborar, con hechos, que estaban habitadas las heredades cercanas a la línea equinoccial, permitiéndole regresar con la prueba fehaciente en aquellos torsos oscuros cubiertos de joyas y piedras preciosas. ¿Trae pruebas? Por supuesto que sí. Demostración de la existencia de inmensas riquezas y oro, mucho oro, del tamaño de naranjas, que corrían por los ríos como el agua, donde al tirar las redes en aquellos ríos y mares ignotos vienen cargadas de perlas y pepitas del precioso metal en lugar de peces, tesoros a la espera de manos castellanicas para cosecharlas como uvas en tiempos de vendimia, según lo que dicen. Evidencia de haberse realizado el milagro, la mayor noticia de todos los tiempos: el descubrimiento de una nueva ruta hacia las Indias por Cristóbal Colón.

Después de todo no estaba tan demente, debate Francisco, logró lo que buscaba. El tutor guarda silencio, caminando de un lado a otro, como si no le hubiese escuchado. Después dice una especie de perorata como de abogados en querrela, pero hablando consigo mismo, y termina aseverando que Nuestro Señor favorece a la suerte del insensato, como si fuera el veredicto de un jurado. No es Colón el sabio, afirma, sino Toscanelli. Si no le dio los conocimientos exactos, le insinuó el camino para encontrar la ruta.

¿Y quién es ese Toscanelli? Preguntan ambos, por la boca de Francisco. Ah, Paolo dal Pozzo Toscanelli, da una bocanada el maestro, es un sabio florentino matemático, astrónomo y cosmógrafo que más de alguna carta dirigió a Colón; se entretenía en hacer mapas como vos hacéis dibujos en lugar de vuestros deberes, dice acercándose a Francisco, dándole unos toquecitos suaves en la cabeza con los nudillos. Sin duda alguna, de allí tomó Colón la idea de encontrar las Islas de la Especiería viajando hacia el Oeste en lugar del Este, como hizo Marco Polo. Y como el conocimiento no da brincos, sino que es una larga y sucesiva acumulación de datos y nociones, se basó en los cálculos de otro sabio de la antigüedad llamado Tolomeo. ¿Véis hacia aquel volumen en la parte más alta? Y el dedo tembloroso del maestro señaló hacia cierto punto del librero. Ese es un raro ejemplar del Almagesto, obra de Tolomeo, donde da pruebas de que la tierra es un planeta inmóvil que ocupa el centro del universo y el sol, la luna, los planetas y las estrellas danzan alrededor de ella como las gitanas en torno a una fogata. El Tutor chasquea la lengua, buena cosa, dice. Pero no os obnubiléis, no perdáis el sentido, todo está dicho aquí: y el maestro tamborileó los cinco dedos escualidos sobre el lomo de piel de ovejo del más sagrado de los libros: predicho por el Santo Libro, concluyó.

Domingo quedó con la boca abierta por un rato, pensando en el navegante al que llamaban loco o sabio. El maestro toma aire y continúa, guiñando los ojos, como haciendo un esfuerzo para sacar información del archivo de su memoria, sí, todo ha sido predicho, pero dad al César lo que es del César, también lo dice el Santo Libro: no se desconoce la necesidad de gran coraje y fuerza, la de un rudo navegante como Colón para desafiar la Zona Perusta mencionada por Aristóteles, el pulmón marino de Estrabón, así como otros los portugueses retaron el Mare Tenebrosum al sur del Cabo Bojador para confirmar con hechos los datos del Gran Tolomeo, según los cuales, las Indias, de las que hablaba Marco Polo, debían estar por esos lados, a las que ninguna nave podría acceder por ser imposible cargar tantos

alimentos y bastimentos para cientos de días de navegación, por un buen rato siguió la retahíla del tutor, como si estuviera haciendo él mismo los cálculos matemáticos.

Vamos Francisco, los tiempos se vuelven más interesantes, dice Domingo, ahora que estamos solos, salidos ya del alucinamiento de los discursos del maestro. No los entiende completamente, ni sabe que son la misma base de altercados en toda Castilla, tanto en círculos eruditos como son las Universidades, incluida la de Salamanca, preguntándose si aquella si aquella voluntad de Colón fue producto de la iluminación, de su inteligencia o de su locura, lo que lo hizo ir a demostrar al mundo que éste no era chato como una mesa, y que por ese atrevimiento se arriesgó a cruzar esa especie de cintura ceñida de calores que es la banda ecuatorial, como una correa esperando a los atrevidos mortales que se acercaran para tragárselos enteros. Imagináos, había dicho el Maestro, ir donde las aguas hierven como para hacer té porque el sol allá es insoportablemente ardiente, y este valiente o necio, refiriéndose a Colón, se atrevió a demostrar que la tierra no es una manzana sino una pera, más bien una chiche, un pecho femenino, que navegando hacia uno u otro lado se llega al mismo puesto de donde se partió.

Pero comprende los otros discursos que discurren en lugares menos sabios como las plazas y mercados de Badajoz y Cáceres, Trujillo, Mérida y toda Castilla en general, donde circulan fábulas de primera mano, noticias desparramadas por los recién llegados. Como el pariente de un marinero de Palos de Moguer, que hace unos días trajo trigo y legumbres a la casa, alardeando de que probablemente esa sería la última entrega que hacía en ese oficio, porque su pariente, que acompañó a Colón, es ahora hombre rico. Si un pobre diablo como ese, un plebeyo sin fortuna puede hacerse rico, no digamos gente de andanzas, mejor educada, con más recursos de armas y dinero como los nobles, agregó Francisco.

¿Hablamos de lo mismo? Cuestiona Domingo, claro que sí, dice su amigo, hablamos de riquezas. Entonces Domingo comprende que no hablan de lo mismo, porque él está pensando en otra cosa, en la inminencia del encuentro con el Paraíso, el lugar donde las riquezas son el pan nuestro de cada día porque son parte de una felicidad mucho mayor que aquélla limitada de las posesiones.

Todo es posible dijo Francisco. ¿No fue allí, en esa misma biblioteca, donde por boca del Maestro aprendieron que Ulises, protegido de la diosa Atenea, fue quien embriagó a Polifemo y lo mató? El monstruo de un solo ojo, haciendo gala de sus preferencias alimenticias, devoró a varios de los acompañantes de Ulises como quien almuerza un sancocho y éste no hizo más que defenderse, al atacarlo y dejarlo ciego provocó la ira de Poseidón, el dios del mar y padre de Polifemo, y en revancha le azotó de tempestades el viaje por el Mediterráneo, salvándose de Polifemo por uno de los vicios más viejos y efectivos del mundo, el de la embriaguez. Si, es cierto, allí mismo, Domingo lo confirma, fue que ambos escucharon decir al Tutor que la ubicación del Paraíso Terrenal es predecible según coordenadas, latitudes y declinaciones matemáticas, eso sí, más allá de los mares de los confines del mundo que, aunque predicho y sospechado por los testimonios de los sabios, nadie había tenido los arrestos de ir a buscar como ha hecho este valiente y esforzado Colón. Hablando de esas cosas a Domingo le costaba librarse de las exaltaciones de la mente, lo que era más fácil de lograr aterrizando entre los aromas no precisamente de rosas del establo, los cuidados de la grupa de Halcón y todas esas pequeñas minucias del diario vivir cargando bultos o haciendo pequeños deberes en la cocina, para recordarle a plenitud que no era más que un siervo, eso sí, un vasallo soñador.

Os envidio, le dice un día recostado sobre la paja amontonada en una de los compartimientos del establo Francisco de Almanza, examinando meticulosamente, como si fuera la primera vez, una brizna de hierba que hace girar entre sus manos suaves, de uñas rosadas y limpias. Por la ventana abierta se filtra un haz de luz de la tarde de septiembre de 1493 que tropieza en la piedra de amate del anillo, haciéndolo brillar al movimiento de la mano, que pasa cuidadosa por el cabello rubio peinado hacia atrás. Cruzadas las botas altas y lustrosas pareciera ser más alto de lo que es, la camisa medio abierta hasta el pecho no luce impecable sino algo estrujada, sin perder hecho de que es material de seda, que solamente lucen las personas finas y elegantes.

-¿Envidiarme, a mí? ¿Un sirviente? Domingo detiene graciosamente el cubo en el aire, aún bañado en sudor por haber preparado el pienso que se dispone a volcar en el comedero de roble, riendo divertido de las zafadas de Francisco, que dice cada cosa, a sabiendas de que no hay nada envidiable en ser un sirviente mientras aquel joven hermoso y de fortuna, recipiente de todo el honor y la gloria de aquella casa, a la muerte del Duque hará ondear con libertad los blasones que recibirá, cada uno de ellos representando

su nobleza; unos, los emblemas que significan las tierras adquiridas por conquistas y otros por el mérito exclusivo de haber nacido hidalgo.

Qué envidia puede tener de él, cuestiona, mientras Francisco le responde extrañado, hombre, que no es un criado común y corriente, sino alguien especial en esa casa, de su mayor confianza y la de su padre; más aún, es como un hermano para él y Domingo refuta que eso no cambia el hecho de ser un simple criado. Más que contestarle, más que cuestionar y rebatir, dice despacio, que vayan por partes; no se está quejando, tampoco es que se sienta poco afortunado de vivir como vive, y tener lo que tiene, en esencia, ser lo que es, pero por el amor de Dios, que le diga, ¿qué es lo que encuentra de envidiable en su vida? Y esto último le sale de la garganta casi como una protesta.

¡La libertad Domingo! ¡La que envidia, la que desea para él! ¿Es que no comprende? Explota aquél, y por supuesto, Domingo no entiende de qué libertad está hablando, si vive en los corrales más atrapado que un conejo en una jaula, aunque sin quejarse, no hay razón, él allí es feliz, su felicidad está en acompañarlo en la biblioteca, hablar con el maestro, tocar los sagrados volúmenes, pero no está consciente de que hay otras clases de esclavitudes: se es esclavo de ideologías políticas, ideologías sociales, ideologías religiosas, y en nombre de ellas se han sacrificado a miles de seres y se han cometido miles de injusticias, se han gestado guerras, sin pensar que el ser humano es uno solo, y es libre hasta que tiene que elegir. Nada de eso piensa Domingo mientras acaricia la crin de Halcón, donde están, rodeados de espuelas y bocados, sillas y estribos colgando sobre las vigas.

Francisco se incorpora y arremanga la camisa, se le mira el pecho joven, liso y hasta se diría algo regordete, a diferencia de los músculos de Domingo, recios aunque delgados y muy bien definidos, a fuerza de asir frenos y cabestros, bridas y roncales, la cabeza de mechones negros rizados coronando un rostro de ojos tristes y mirada soñadora, que al decir de algunos, parecen de origen gitano, de esos de pelambre largo y piel de hollín con anillos en las orejas, deambulando libres como el viento por Castilla y Aragón, sin establecerse en ningún lado, sin ser perseguidos, como los moros. ¿Por qué dicen eso? Porque nadie conoce el origen de Domingo; lo llamaron así, porque un día domingo apareció abandonado en los corrales, y burlonamente, los demás sirvientes lo llaman "Domingo de Almanza", como si fuera de la familia. No sabían que un día, muy cercano, se tragarían sus chanzas.

Aunque a veces uno no busque los acontecimientos, la vida se encarga de dar vueltas y ponerlo todo en un orden diferente sin que podamos hacer nada; lo recogió y lo crió el Caporal y su mujer, y cuando tuvo cierta edad, la nana de Francisco lo llevó a la casa grande para entretener y jugar con el otro niño, sin madre, un infortunio a pesar de la inmensa riqueza, porque ésta murió de parto dejando al Duque viudo y al niño sin madre. Esa razón determinada por el azar hizo que Domingo tuviera lo que puede llamarse una "buena crianza", adquiriendo aquellos modales suaves pero de voz firme, con esa determinación que tienen los llamados a la conquista, aunque creciendo como uno de esos hijos bastardos o ahijados como llamaban a los que por accidente, producto de algún desliz del noble, o simplemente porque Dios Nuestro Señor lo había querido de esa manera, no habían nacido dentro del seno de la familia y sin embargo, contaban con su protección.

-Envidio la libertad de que no se esperen tantas cosas de vos, termina Francisco algo derrumbado, no por el cansancio sino por el peso de aquellas palabras, mientras Domingo, por toda respuesta, hace un gesto de no entender, aunque algo alcanza a percibir en el ánimo de su amo y amigo, sin pensar todavía, porque estaba muy joven, lleno de optimismo, que al final, todos los seres humanos estamos atrapados de una o de otra manera por el destino, por una idea, o simplemente por el aburrimiento de que no sabemos qué otra cosa hacer.

-Sí; tenéis obligaciones, ya lo sé, pero sois libre de montar los caballos, tomáis el tiempo de entenderlos, trotar por allí, por las riberas y las cañadas sin apuro, sin que nadie espere grandes cosas de vos, lo contrario que me sucede a mí, tengo que suceder "dignamente a mi padre", como dice el Maestro, - y esto lo dice imitando la voz chillona del tutor- mientras yo soy un animal enjaulado, deseoso de correr mundo. Diciendo esto, también acaricia la crin del equino, que da un relincho; Halcón todavía no sabe lo que es el dolor del bozal, la presión del miedo y el dolor en las mandíbulas, sobre el paladar y la barbilla, observa Domingo, deseoso como está de subir en su lomo y desde allí convertirse en ese ser poderoso que mira todo desde lo alto, rodeado del aura que corona al jinete, para trotar por el campo extenso hacia el horizonte, sentir el viento en el rostro.

Tiene algo de razón Francisco, cabalgar es correr como viaja un río, moviéndose constantemente por una energía misteriosa que nadie mira, no es dominando al equino sino soltándolo como hace el viento, que vuela y el jinete haciéndose uno solo con él y juntos remontarse sobre los campos. ¡Qué poco tiempo hace que los dos andaban por allí, Domingo y Francisco, zigzagueando entre las matas de olivo, subiendo y bajando las colinas extendidas hasta más allá de la pedregosa posesión de los Almanza, entre campos cultivados y habitados de malezas, los bosques extremos, que dan el nombre de Extremadura a toda esa tierra! Mira hacia el Norte, donde quedan las porquerizas de los Trujillo, sin sospechar nadie por ese entonces que de allí saldría un bastardo convertido en Conquistador de reinos insospechados; hace un mohín de desentendimiento, porque no le gustan las pjaras de cerdos alimentadas con bellotas en las humedades de los inviernos, que dan sabor tan especial a sus carnes; son los bienes, los campos de familias poderosas, que se rentan para alimentos de ovejas venidas de la meseta segoviana, en busca de climas más benignos. Más acá quedan los pantanos del Guadalquivir, la región de los productores de cueros. ¡Había que imaginarlos a ambos recorriendo aquellas praderas, al aire los sayos de cueros y las picas que derriban bestias, en una eterna novillada!

-¿Comprendéis? Termina Francisco.

-Seré sincero, no mucho.

Y ambos ríen, como dos amigos aunque siendo ellos tan distintos. A Domingo lo llama la tierra, los pastoreos, las ovejas y las vacadas, no los cerdos, riqueza de los Trujillo y los Almanza, aunque ama al señor de la casa, se siente orgulloso cuando aquél se apoya en su brazo para salir a los corrales, aferrado al puño de plata del bastón, con la otra mano tocándose la espada, lo poco que queda de su pasado guerrero, cuando su linaje vino del Norte de Castilla y eligió estas tierras para formar su estirpe o bando, el grupo de parientes, ahijados y solidarios que constituían por entonces una casa o familia. Peleó en las guerras sucesorias, la disputa por el trono entre Isabel y doña Juana, “la Beltraneja”, nombre que ponía en duda su origen real, contienda que le dio el trono a su prima Isabel de Castilla, quien al casarse con Fernando de Aragón, unió las dos provincias más grandes de España y le dio sentido de nación, fuerza para liderar las guerras de Reconquista que expulsaron a los moros de España y consolidaron su sentido de unidad. Gestas que exacerbaron el excesivo orgullo de este señor de la tierra, como muchos otros, cuando arrebataron Extremadura del poderío musulmán, del cual, como único vestigio, quedaba la fortaleza de Trujillo, de tiempos del califato, y la muralla y el aljibe de Cáceres, del Imperio Almohade.

-Tuve el honor de luchar junto a los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, en las contiendas de Alhama y Alucena, en las tomas de Cártama, Coín y Ronda, reclama don Francisco de Almanza orgullosamente a los dos jóvenes, cuando hacía apenas dos años, en 1491, los propios reyes, don Fernando y doña Isabel participaron en el sitio de Granada hasta aquel 2 de enero de 1492, en que hicieron capitular a Boabdil, para dar por terminado el poder de los moros en España. Y Domingo sigue a Francisco, caminando hacia afuera del corral, con la complicidad de entenderse el uno al otro, el noble sintiéndose atrapado, haciéndose largas las horas en que permanecía obligado al estudio del Latín y la Gramática de Nebrija en la biblioteca de aquella especie de fortaleza medieval, herencia de los tiempos de las “banderías y parcialidades” como llamaban a aquellas guerras en que participó su padre, haciendo de las viviendas, castillos, verdaderos emplazamientos en contra de cualquier oposición a su soberanía.

-Algún día recorreré tierras lejanas donde no ha pisado el pie de un hombre y lo haré todo por el amor de una bella mujer, eso lo dice Francisco inclinándose hacia el oído de Domingo, agregando: como Catalina de Godoy. Domingo hace como si se escandalizara, si está hablando de una señora casada, como si aquello fuera un juego entre dos amigos, qué lejos estaba entonces de saber que aquella situación afectaría su destino, como si los astros se hubieran conjuntado para darle un giro a su vida, no el de Francisco quien era el autor, hechor, principal actor y artífice de aquel enredo, sino el suyo propio, que no tenía vela en aquel entierro.

¿Entendéis, Domingo? Éste se queda callado mirando a Halcón, luego mira a Francisco, temblando de emoción. Sin decir nada, vuelve a entrar al establo. Se recuesta sobre una cerca de madera, vuelve a salir. Francisco quiere vivir las andanzas del amor, no las divagaciones del maestro, eso es lo que ha entendido. Sale y allí continúa Francisco, lo observa agitado. Lo mira de pies a cabeza; le quedaría muy bien una armadura, sobre un caballo bien enjaezado, conquistando lejanas tierras. En cambio él, la noche anterior, se soñó mismo buscando el Paraíso Terrenal, no vistiendo armadura, se miró a pie, cosas rara,

vistiendo un sayal de fraile. ¿Fraile, él? Se tocó la frente, estaba sudando. Ambos continuaron caminando sin decir palabra. Si pudiera saber Domingo que muchos años después, muchísimos años después, se encontraría un diario de Colón en el cual apuntó: La moción del Espíritu Santo sobre las almas, cualquiera que sea su fe, es fuerza impulsora del acontecer histórico, hecha sensible a través del signum prodigioso que anuncia lo porvenir, ya mediante expresión de los hombres, ya la de cualquier ser animado. Mira hacia arriba, los celajes hacen una extraña figura. Las situaciones se mueven al margen de los hombres sin que se den cuenta, tan embebidos están en otras cosas, como el cielo no existiera, cuando son verdaderamente los que están definiendo el azar de una tormenta.

Esta semana domaré a Halcón, dice Domingo. Lo dice sin pensar, porque su mente está ocupada por el pensamiento del Paraíso Terrenal.

DOS

2

Domingo lo recuerda bien, haciendo memoria, meses después de cuando ocurrieron tantos acontecimientos a la vez, cómo comenzó todo. Fue durante el almuerzo en la casa de Almanza, tiene presente la larga mesa de roble pulido, el tintineo de los platos y las copas, la conversación general, las miradas cruzadas de Catalina de Godoy y Francisco, que si fueran disparos ya habrían muertos en la sala. Escucha la conversación inquieta del marido de ella, su voz chillona y atiplada como si tuviera una flauta en la boca. Mira a Francisco, bien vestido, sonriente y guapo. La mira a ella, joven, de mejillas sonrosadas, le parece que su cuerpo menudo se derrama por el escote, la falda parece una cascada a partir de la cintura. Por las mejillas encendidas, piensa que la sangre le circula a gran velocidad por el cuerpo. En contraste, mirando al marido, se duele de su artritis, de su tos. Lo imagina flatulento entre las sedas y brocados que deben haber costado mucho, para cubrir el cuello pellejudo y las piernas flojas.

Domingo sale con disimulo a la terraza, mira a lo lejos el cielo nublado, los días comienzan a ser fríos. Piensa en lo que es el matrimonio entre los ricos; los acostumbra, por conveniencia familiar, para unir y preservar las fortunas, enlaces arreglados que garanticen los linajes de las familias poderosas. ¿Con quién se casaría Francisco? Ríe del pensamiento de imaginarlo desposado. Vuelve a mirar a la pareja tan dispar y siente cierto desconuelo, parece cosa de locos, algo así como la Bella y la Bestia, ese cuento del romano Lucio Apuleyo, del siglo II, incluido en El Asno de oro, donde cuenta que un mercader es prisionero de una bestia horrible que lo dejará ir a cambio de su hija llamada Bella. El final feliz de la historia es que la bestia no es más que un bello príncipe a causa de la maldición de una bruja lo mutó hasta encontrar el amor verdadero. Domingo sacude la cabeza, qué pensamientos los suyos, la pareja no se parece en nada a la del cuento. Sin saber por qué, recuerda la jaula que hay en la terraza de la casa, con un pequeño canario encerrado. Mira la tez mortecina y apagada del Conde, sin sus ricos vestidos, podría pasar por un carcelero.

Se dirige a la puerta, irá hacia la cocina pero se detiene, no quiere interceptar a Francisco, presto a abrir la puerta para ella, llevando una copa en la mano, sonrío sin decir nada, se dicen suficiente con las miradas que pareciera inocentes de dos niños a los demás pero cómplices entre ellos, como suele suceder en el lenguaje de los enamorados. Forzosamente, aquello tenía que terminar en una cita.

¿Qué sucede después? Domingo ya no piensa en eso. Se mira en la parte más oscura de un callejón, sosteniendo las bridas de los caballos en la madrugada, sudando como si no fuera aquella una noche fresca de septiembre, viviendo en el purgatorio mientras Francisco está ante las puertas del cielo consumiéndose en el fuego del amor. Cuánto tiempo pasa, no lo sabe. Tiene los ojos bien abiertos, a pesar de la vigilia. Mira el titilante candil de aceite de la esquina, aún a la prudente distancia en que está observa la calle poblada de fantasmas, todo se refleja en sus pupilas como espejos, inmunes al sueño, la mirada puesta en todos lados a la vez, esperando el regreso de Francisco. Pensando en cómo hizo aquél para saltar aquella altísima barda de la casa de los Godoy.

-Temo por vos, le reconvinó cuando bajaron de las bestias y Francisco desapareció como un gato montés por entre los cardos del muro.

Que no lo tiene por miedoso, desdeña aquél al amigo, a pesar de que Domingo resiente no andar una guardia de protección, apenas ellos dos solos y sus espadas, mientras aquel le reprocha que si acaso no cuenta con él, que no es a la guerra que van, sino a una cita amorosa, para lo cual no se necesita tanta

gente sino alguien de confianza, un amigo, además le dice, no andamos solos, tocándose la espada, tan seguro de que no pasaría nada, equivocándose de cabo a rabo.

Domingo no baja del caballo. Por un momento quisiera caminar, estirar las piernas, pero no lo considera prudente. Cuando mira desaparecer a Francisco por la barda, se siente extraño, presa de un presentimiento. No soy un cobarde, se dice, sino un hombre tranquilo. De hecho, nunca fue soldado, lo que sabe de armas lo aprendió junto con Francisco, lo que el padre, el Duque, les enseñó, casi como juego de niños: estocada es el golpe que se da con la punta del estoque, espada, florete, puñal o daga, repetían, sin profundizar mucho aún sabiendo que hay tratados que regulan la verdadera esgrima, como el Manejo de las armas de combate de P. de la Torre y otros. El duque más bien les enseñó a manipular la espada, las mañas para evadir golpes y otras destrezas que para los soldados son cosas corrientes. A él lo que le gustan son los amaneceres en el establo en lugar de las madrugadas de correrías, como a Francisco. Si está en esta aventura es porque no tiene más remedio, aquél es el compañero y amo, por quien está dispuesto a responder con su propia vida, si fuera preciso. Lejos está de sospechar que pronto se pondrá a prueba.

Piensa en lo que está sucediendo, más que en la duquesa en una jovencita atrapada en su recámara, con sus pasitos de pájaro aprendiendo a volar pero con buen ingenio para compensar sus tristezas, y a Francisco convertido en un Amadís, culpa de las muchas lecturas de Los cuatro libros del virtuoso caballero, sintiéndose haber nacido de los amores furtivos del rey Perión de Gaula y la princesa Elisena de Bretaña, abandonado en una barca y encontrado por el caballero de nombre Gandales, y luego, con la protección de la hechicera Urganda perseguida por el mago Arcaláus, venciendo al monstruo Endriago y conociendo a su hermano Galaor, corriendo mil aventuras por amor de su amada Oriana, hija del rey Lisuarte de la Gran Bretaña.

Finalmente baja de la cabalgadura y estira los pies, mira hacia el final del callejón y de lejos le llegan ruidos de metales parecidos a espuelas sobre baldosas, serán dragones bajo la apariencia de hombres, piensa, casi sintiendo acercarse las pezuñas de los mugidores, sin quitar de la mente que quizá el sueño de Godoy y de su guardia sea leve, ya viendo aparecer por la entrada del callejón a la guardia que imagina es la del rey Lisuarte en desafío, especulando en que él, sin ser hidalgo ni nada, piensa que la lealtad tiene sus límites, quizá en algún momento lo sintió el criado de Amadís, que mucho ama su cuerpo pobre así como su amo guiado por el corazón lleno de amores secretos o quizá ordenado por el entremedio de sus verijas, tiene la esperanza de que también el amo ame su cuerpo rico y noble.

Sube de nuevo al caballo, se arregla la capa porque hace frío, mira inútilmente hacia la altísima barda que da a la calle esperando ver de un momento a otro aparecer las largas piernas de gato montés de Francisco, ojalá que estén a la altura de aquellos muros que dan a la calle, se espera, cuando de pronto escucha a lo lejos un murmullo que crece, voces que preguntan y responden a la vez, cuando sucede algo con lo que no puede contar, y es la naturaleza animal de los caballos, que aunque sean de estirpe no dejan de ser bestias. Quizá emulando a la situación del amo, con el debido respeto y la correspondiente distancia, pasan de la inquietud al relincho, quizá por las emanaciones de alguna hembra en celo que trae la brisa nocturna, y aquel alboroto resuena a Domingo como las campanadas de la catedral en la misa del domingo para romper la vigilia de medianoche.

Mirando de nuevo hacia el muro, le parece ver la hiedra que se mueve, su vista brinca de la barda al final del callejón, ahora sí se oyen claros los gritos de quien vive allí, le siguen chasquidos de botas sobre las baldosas y chirridos de metales al chocar de soldados bien armados y aderezados, pronto el salto de Francisco sobre la barda los enfurece más, mientras Domingo, ya en guardia, enfrenta a los centinelas dando el tiempo justo al amo de acomodarse.

Iluminado por la Providencia hace lo que tiene que hacer, las estocadas dan en el sitio preciso y antes de cualquier reacción, se dan a la fuga antes de que llegue el resto de soldados. ¿Cómo olvidar aquello? Mira claro en su mente lo que hizo, cómo quedaron sobre las losetas los dos hombres ahogados en su propia sangre, con sus inútiles armas y armaduras, mientras ellos se perdían velozmente en medio de la noche. Lo que sigue después es el ruido de los cascos de los caballos acezando por los golpes de las fustas, que se perdieron de la calle al campo, en dirección contraria de la casa de Almanza para despistar, sin parar hasta dejar de oír las voces y la persecución y de vuelta, de las afueras del poblado hacia los muros de la casa, cuando ya asomaban las primeras luces del amanecer.

Pasa el día en gran desasosiego y en la noche no duermen pensando en un plan para resolver la clara situación: Domingo no lo dice pero lo piensa, Francisco no es Amadís y tampoco tiene edad para un duelo, ni siquiera tendría dama que observara el combate. ¿A quién tocaría lavar el honor? ¿A su viejo padre, enclenque y enfermo? De ninguna manera, fue lo que decidieron los dos. Domingo sugiere que es a él a quien se debe culpar y Francisco en principio lo rechaza. Basta de Amadís, le dice Domingo. Están en el establo, donde siempre, donde nadie les puede escuchar. Francisco aún viste la casaca con borlas doradas con que impresionó a su princesa, mientras Domingo tiene el pelo largo enmarañado por el viento o por el susto que aún no pasa. No es justo, no es justo, repite Francisco, como hacen muchas personas que no se responsabilizan de lo que hacen. Nada lo es, lo consuela Domingo. Se trata no de lamentar, sino de resolver. De pronto los envuelve un aroma a estiércol que los hace toser. Salgamos de aquí, dice Domingo, tengo una idea, como si el mal olor contradijera la brillantez del pensamiento. Tengo un plan, dijo, y a continuación propuso que lo mejor era una honrosa retirada. ¿Esconderse? ¿Echarle la culpa a Domingo, no asumiendo la propia responsabilidad? Francisco se escandaliza.

¿Acaso el ejército griego no se retiró después de perder las Termópilas, y luego a finales de año derrotó a los persas en Salamina? Fue una retirada estratégica, no deshonrosa, sino inteligente. ¿Y qué decir de la Batalla de Farsalia, obra maestra de la táctica guerrera que cambió el curso de la historia, cuando Cayo Julio César se enfrenta a Pompeyo, de una gran superioridad con sus once legiones completas y César con ocho, dos de ellas reducidas, cuando los jinetes se agarraron a las crines y las colas de los caballos a galope tendido en retirada, para que los pompeyanos cantaran victoria, cuando fue una táctica para reagruparse y ganarle la batalla? Cuantos otros ejemplos hay en la historia, Francisco. No hablo de huir, sino de una retirada temporal, al norte, en las Hurdes, poblada de alacranes y serpientes donde no llegan ni los más pobres por su miseria, no de ti, Francisco, sino yo, Domingo, el escudero, el que no tiene honra que defender, ni fortuna ni nada que perder, Francisco, es lo sensato, lo que se debe hacer, además de que no será por toda una vida, sino por un corto tiempo, cuando todos asuman que el móvil de aquel desaguisado no fue asunto de amores, sino un intento de robo, sí, eso, un robo, pues nadie los reconoció.

Francisco no acepta en principio porque no es un cobarde ni tampoco injusto. ¿Echarle a otro su propia culpa? ¿a su propio amigo? Además, Francisco es el aventurero, no Domingo, eso no va con el honor, pero la propuesta del escudero es inteligente, sobre todo eso de las retiradas estratégicas, le daban al asunto un sabor de cruzada, de acción bélica, que lo hace por momentos sentirse en la maniobra de un general en batalla, mientras una idea va tomando forma en la cabeza.

No sabría Domingo exactamente lo que hizo Francisco de Almanza y Alonzo; cómo convenció a su padre el Duque, cuando salió aquella madrugada de Badajoz en dirección a Sevilla, para pasar a Cádiz. Se despidieron como dos hermanos, con un atado de monedas de oro y un salvoconducto que confirma están bien ajustados junto a la piel del pecho, así se dicen un hasta pronto entre abrazos, como si de veras creyeran que pronto se mirarían de nuevo.

Mira por última vez hacia el firmamento que tantas veces divisó al amanecer, sobre las sinuosas colinas; en un suspiro repasa en su mente los diez y siete años de su vida que quedan sobre aquellas praderas. Respira agitadamente cada vez que se piensa al borde de una coyuntura vital, mejor no pensar en eso, se dice cuando echa una última mirada antes de que desaparezcan de su vista los campos de Almanza. Cuando baja la colina, piensa ilusamente, hasta llegar a la sonrisa, de quién domará y alimentará a Halcón, cuál de sus compañeros, alguno de los que no lo quiere bien, por considerarlo favorito en aquella casa, y eso se lo dice mirando los olivares cercanos a la vivienda donde creció.

-No habléis con nadie ni os detengáis más de lo necesario por el camino, sed desconfiado, fueron las recomendaciones de don Francisco de Almanza, seguro de estar otorgando un premio al joven quien va deseoso de buscar fortuna, mientras le da una bolsa de monedas, ignorando las verdaderas causas del destierro. Siguiendo las instrucciones, camina sin hablar con nadie, descansa en un bosque cercano a Sevilla, sin entrar a la ciudad, pasando de largo, hacia el Sur, con la cabeza llena de expectativas, porque nunca antes ha salido de los confines de la propiedad, dirigiéndose hacia donde señalaba, hacia el camino en que decían: hacia allá queda Sevilla, la zona meridional de Badajoz que da hacia Andalucía, separada por la Sierra Morena; quedan hacia el Oeste de Portugal, los dominios, señoríos y encomiendas en torno a Cáceres; crías de ganado e inmensos robledales rodeándolos, además de una pequeña franja llamada La Vera, con hermosos olivares en la meseta situada entre el Tajo y el Guadiana, guardando las grandes

ganaderías de la Orden Militar de Alcántara. Mira hacia la sierra del Este, algo apartada, protegida por verdes montañas, donde están las tierras y los bienes del Monasterio de Guadalupe, un nombre que se repetiría muchas veces y resonaría en los siglos por venir en otras tierras lejanas.

-¿Rumbo a Cádiz? Le pregunta un caminante cuando al anochecer del tercer día se aproxima a los confines de unos depósitos cenagosos, mirando a lo lejos, las primeras casas de la población. Sí; confirma él, ahora seguro de transitar el camino correcto, cuando se adentra al poco rato entre las primeras casas, y luego se sumerge en un laberinto de calles angostas entre gente animosa, como si estuvieran en un inmenso carnaval o en la agitación de una feria, en el que todo mundo va de prisa hacia el mismo lado. Hacia dónde queda el puerto, pregunta; con miradas extrañadas le señalan hacia el lugar, delatándose forastero, al igual que tantos como él. Sigue hasta donde la muchedumbre dificulta la pasada, aquí siente por primera vez, penetrados los pulmones por la brisa salitrosa que sería su compañera en los años por venir.

Aprieta el saco contra su pecho, como si una mano invisible pudiera despojarlo de su capital; estruja la garantía de su situación, como un reo acaricia su carta de libertad: el salvoconducto. En la penumbra del anochecer, surgen altas siluetas que crujen, son mástiles de naves que rechinan, las telas estrujadas de las banderas ondeando al viento. Siente el ruido de las olas golpeando contras las vigas del puerto, entre olores, mezcla de salitre y pescado muerto con sudores de gente de diversas clases, y le da un pequeño mareo; él está acostumbrado a los olores del establo, no a las emanaciones del mar. Frente a él está el tablón del destino, el puente que separa a los navíos del atracadero; lo comienza a cruzar, así se deben sentir las almas entrando al Purgatorio le dice cada latido impulsándole un torrente que le golpea en las entrañas y la frente.

-¡Papeles! Escucha decir a la voz del hombre que tiene frente a sí, el sombrero de pluma sobre la mesa, al lado de un grueso libro donde registra las entradas y salidas de la nao, que cuida como la portería de un selecto teatro. Domingo extiende su mano temblorosa con lo que le piden, mientras el hombre lee y observa. Con que, Domingo de Almanza es vuestra gracia, experto en doma de caballos dice aquél cuando su dedo índice se detiene en el nombre de la lista y Domingo balbucea un tímido sí, al escuchar por primera vez su nombre que acepta un bautizo oficial: él, que ha sido un simple Domingo, toda su vida, ahora es de Almanza.

Le ordenan pasar y él se confunde entre el enjambre humano que puebla la nave, haciendo equilibrios llega hasta el barandal de la cubierta, no lo sabe entonces, es uno de los favoritos que abordan las naves que van hacia el Nuevo Mundo, un privilegio por el cual muchos se hubieran cambiado por él en un instante: los Reyes Católicos han ordenado un registro minucioso de los pasajeros que van hacia las Indias, sus calidades y oficios, se han escogido los más sobresalientes pilotos y las mejores tripulaciones frente al Gran Soria, el Contador de sus Majestades. ¿Qué gestiones, qué influencias habrá ejercido Francisco para obtener aquel puesto privilegiado en una de las naos? ¿A quién se habrá hecho el encargo de aquella comisión? ¿A quién deberá el favor? Francisco hizo el mejor tributo a su amigo, el privilegio de ir a buscar fortuna, algo que él hubiera deseado para sí, la oportunidad de ser hombre rico.

Pero él no es Francisco el aspirante a trotamundos, sino Domingo, el labrador, granjero, amante de caballos y vacadas, y todo eso lo está pensando en aquella noche de vigilia. Antes del amanecer, escucha gritos dispersos de marineros, mira despedirse a los encargados de las formalidades de inspección, registro y cargamento; terminaron sus revisiones los Comisarios de la Inquisición. Se escucha entonces el grito del contraestre, de estar listos a soltar las amarras, mientras el murmullo se va apagando hasta hacerse pesado el silencio que antecede a un momento transcendental; entonces suena el cañonazo de leva que da a las naves la orden de zarpar. Al estallido, vuelve el murmullo general, mientras comienzan a escucharse las notas del Salve Regina, cubriéndolos como un manto celestial, elevándose las anchas velas como quien levanta un telón, mientras las naves comienzan a separarse del puerto entre gritos esporádicos que desean buen viaje; algunos, claman por un pronto regreso; otros, por buena salud y fortuna. A muchos más, no les salen palabras sino, lágrimas, agitando sus manos en señal de despedida.

Sobre la noche se va imponiendo un cielo limpio, entre los cientos de rostros que observan; unos, compungidos de tristeza; otros, con alegría. Y muchos más, con el brillo de la envidia, por no ser actores en la aventura; algunos más, lloran por no haber vencido aún el terror al Mare Nostrum, temiendo por sus deudos o amigos, a quienes ha podido más la ambición que el miedo. Tras el apoyo de madera, Domingo ataja un sollozo cuando las diecisiete carabelas se desentienden de las amarras para lanzarse a los linderos

del mundo. Con el corazón latiendo en cada uno de sus miembros mira a los que se despiden, pensando que no existe nadie en el mundo a quien su presencia hará falta, ninguna mano ondea para él, en señal de despedida.

Dentro de pocos instantes, las carabelas se entregan a una orgía de viento, en un movimiento sosegado pero inexorable, unas detrás de otras, hermanadas por la brisa. Domingo es uno de los mil quinientos mortales que en diecisiete barcos se dirigen hacia las Indias; de pronto, en su interior va emergiendo la conciencia de aquel suceso inminente, cuando se adentran en los abismos del agua, el cielo y los vientos martilleando sobre las naves. Él está allí, clavado sobre la cubierta, cerca del mástil principal, cuando dirige su vista hacia la parte más alta de la popa y sus ojos tropiezan con un cuerpo musculoso que ahora voltea hacia los que miran hacia arriba; es un rostro firme, en los huesos saltones de las mejillas, donde destaca una nariz aguileña, hay algo de majestad; cierra y abre los ojos con señales de emoción y, a pesar del rostro noble de ojos gris claro, conserva un semblante de gran autoridad.

Es domingo 25 de septiembre de 1493, Domingo de Almanza va en la nave Capitana, la Santa María, la Marigalante, un poco más pesada que la Niña, la que hubiera escogido el Capitán por ágil y veloz; van hacia las Indias, y tiene ante sí, la figura del gran Almirante, Cristóbal Colón.

TRES

3

Meses atrás de ese año de 1493, al otro lado de la península, frente al Mar Mediterráneo, aquella mañana, casi al mediodía de mayo de 1492, José Donoso se mueve a la deriva entre un mar de curiosos, sin poder apartar la mirada del pájaro de colores verdes, amarillo y rojo, posados sobre los hombros desnudos de aquel hombre que no era como ellos: ni negro ni blanco, de músculos cobrizos y relucientes, como si hubieran sido forjados con el metal con que se fabrican las espadas toledanas. Iba en el extraño cortejo, descalzo y sorprendido, detrás del que ahora es Almirante, Cristóbal Colón, cuando recién había desembarcado en el Puerto de Badalona, al regreso de su primer viaje de las Indias.

En busca de los Reyes de Castilla, desfila por los diferentes pueblos que hay entre el puerto y el Convento de San Jerónimo a presentar sus trofeos a los soberanos, quienes estaban en santo retiro cumpliendo con sus devociones de Semana Santa. Eran seis los únicos indígenas que sobrevivieron el largo viaje de regreso desde las Indias, las vívidas insignias de Colón, la prueba de que llegó hasta las puertas de la India y el reino del Gran Khan, predicado por Marco Polo, según él y todos creían, aunque apenas estaban a mitad del camino, sin saberlo.

-¿Vosotros soís de los que venís con Colón? Pregunta uno de los curiosos al mirar a Donoso y Aurelio, que no pueden ocultar su condición de forasteros y recién llegados, par de desconocidos para los pueblerinos que observan pasar el espectáculo. Donoso, tan alto como un oso, con ojos de halcón saliendo entre una mata de barba negra, los brazos tan gruesos como un tronco, traquea nerviosamente los dedos, unos contra otros. A primera vista parecía un Barrabás, el ladrón que sacrificaron en lugar de Cristo, pero con rostro de niño. Seguido de aquel hombre pequeño que parece un enano sorprendido, a su costado, con un atado de ropa al hombro, mirando a todos lados.

-No, contesta Donoso, no venimos con Colón. ¿Quiénes son esos, los del cortejo? Aprovecha a preguntar al aldeano; éste le afirma que son indios salvajes, seres extraños recién traídos de Las Indias, de donde regresa el ahora Almirante Cristóbal Colón, para ser bautizados una vez lleguen a la Catedral de Barcelona, y apadrinados por los propios Reyes Católicos para cumplimiento del sagrado ministerio evangelizador de los Soberanos. Donoso entonces se vuelve otra vez a mirarlos, con gran curiosidad. Como las aves que portaban a las que, papagayos los llamaban, observa a los indígenas, inquietos y a la vez con una mirada transparente, como nunca jamás había visto.

Algunos soldados cargan jaulas con loras, guaras y cacatúas y otros, más atrás, exhiben una especie de ratas gigantes, sus cabezas grandes y corpulentas que los indígenas llamaban hutías y las que les servían de alimento por su abundancia en aquellas tierras. Atados del cuello venían varios perros que parecían sonreír, y no ladran. Donoso observa los arcos y las flechas, sus porras y sus macanas, mientras escucha tras ellos, acezando, a los marineros, cargando barriles con pescado salado para mostrarle a todo el mundo que allá, los peces son distintos pero igualmente sabrosos; que los dragones existen según lo especifican los libros de los antiguos, como lo afirman las pieles espantosas, sus caras largas y ojos saltones, pequeños

dragones en miniatura, aunque no echan fuego por la boca, a los que llaman iguanas. A Donoso se le perla de sudor la frente; varias veces se limpia los ojos con los nudillos de las manos, asombrado no por las hutías ni las iguanas, por los indígenas y lo dispar de aquel cortejo, sino porque es oro lo que resplandece en las máscaras, aretes y collares que cuelgan de los cuellos de aquellos hombres cobrizos, que Colón les ha hecho portar para pregonar las riquezas de aquél lugar. Escucha decir que llevan muchas otras piezas ocultas, no a la vista, sino embauladas en cofres, pepitas de oro y quién sabe cuántos más tesoros.

-¡Por el Todopoderoso, dejadme ver! Suplica Aurelio, repartiendo codazos, pareciera ser de más corta estatura de lo que realmente es al lado del gigantesco Donoso, retorciéndose la barba larga y tupida que se hace una sola cosa con las cejas y el pelo alborotado que, en verdad, lo hacen parecer un oso, mientras que Aurelio difícilmente le llega hasta la cintura, con su carita de hombre viejo aunque no lo era, lamentando enterarse del suceso por el rostro de admiración de los ojos que por los suyos propios. Dicen los curiosos que por el mérito del descubrimiento, Colón será recibido en el Palacio Real de Barcelona, en el Salón del Tinell, donde recibirá en premio una donación de mil doblones y el derecho de incluir en su escudo de armas los emblemas de Castilla y de León.

En aquel día claro y limpio de nubes, Donoso siente que el pájaro lo mira directamente cuando abre la boca y la cierra, antes de lanzar al aire un graznido terrible, llenando el aire de un eco que suena desde el otro lado del mundo, como si protestara por estar lejos de su tierra y rodeado de tanta gente extraña, como si se doliera de que perdió su virginidad la tierra. Aurelio logra ubicarse al lado de una mujer de mediana edad, con las manos apretadas, como si estuviera en oración, a quien el pecho le sube y le baja cada vez con más premura, como soportando una presión inaguantable, hasta que explota:

-¡Milagro! ¡Es un milagro!

-¡Milagro! ¡Milagro! Repiten voces contagiadas de emoción al observar a un pájaro que dice palabras como los humanos, la mirada de Donoso no se detiene en ella, ni en el milagro ni en la muchedumbre; sus ojos, clavados en el cortejo, están tan luminosos como el metal que admira pendiendo de los cuellos de aquella especie de esclavos, es oro, de verdad, se dice una y otra vez, se traquea los dedos al revés y al derecho y luego zambulle su mano grande dentro del bolso que carga Aurelio, bucea nerviosamente hasta sacar unas ramitas de salvia secas; las echa diestramente dentro de los labios rosados y en forma automática las comienza a masticar. Sí, piensa, debe ser un verdadero milagro aquel suceso, para que sin ser reyes ni reina, ni nobles, anden mostrando su riqueza a la vista y paciencia de todo el mundo.

No podrán escuchar el Te-Deum que se celebrará adentro del Salón Principal del Convento, reservado a personas importantes, ni miran cuando los Soberanos hacen el honor especial de levantarse de sus asientos y tenderle la mano a Colón, arrodillado, para darle el honor pocas veces visto, de sentarlo a su diestra.

Quizá sus Majestades recordaron con remordimiento la primera vez que llegó Colón a la Corte a deslizar la propuesta de un viaje para buscar una ruta hacia las Indias, y ellos no pudieron o no quisieron escucharlo por estar demasiado ocupados, expulsando a los moros de la Península. Quizá hicieron memoria de cuando Colón llegó, acompañado del franciscano prior de la Rábida, Juan Pérez, a tentarlos con la idea de encontrar la ansiada ruta hacia las Indias, en aquella especie de carrera contra Portugal, de quién llegará primero al país de los tesoros, de las especias, cuyo peso se medía en oro; a las perlas y telas satinadas, el oro y la plata, compitiendo con el vecino país, cuyas naves ya estaban a punto de bordear el Cabo Bojador. En esa ocasión, se deshicieron de Colón, enviándolo a defender su proyecto a la Universidad de Salamanca, donde los sabios y teóricos que le rebatieron no sabían de corrientes marinas, vientos, velas y carabelas, ni de las observaciones agudas de un avezado marinero como Colón, que en las hojas verdes y maderos podridos que el mar traía hacia las costas, halló suficientes signos de que, más lejos, existían otras tierras, ríos, arboledas y quizá, otras gentes, como ahora lo ha comprobado.

Un nuevo chillido del papagayo advierte a Donoso sobre los prodigios existentes en tierras desconocidas, conviviendo entre dragones y gigantes anunciados por Aristóteles, Eliano y Plinio. El mismo Cristóbal Colón miró sirenas frente a una elevación que nombraron Monte Christi, según dicen, y anotó en su propio diario, haciendo constar que no eran tan bellas ni tentadoras como se decía, a las que los indígenas llamaban manatíes. Tropezaron, eso sí, con hombres que guisaban y se comían con exquisitez a otros, antropófagos que en aquellas islas llamaban caníbales, y así los conocieron después y

para siempre a los que tenían la costumbre de alimentarse de sus congéneres. Aún esperan encontrar en otros viajes las ciudades y los monumentos antiguos, pruebas de civilizaciones anteriores al Diluvio universal ya denunciadas por tito Livio desde la antigüedad clásica; lluvias de sangre y estatuas que sudan, hermafroditas y otros seres deformados que conviven con el Fénix, el Basilisco y Centauros; el árbol que da pájaros y corderos, o la salamandra, nacida del fuego; los unicornios, que duermen ante una doncella virgen y el castor, bestia con miembro de gran virtud entre los cojones que, cuando percibe estar a punto de ser cazado, se los arranca con los dientes y los tira por el suelo.

Sin embargo, Colón y los valientes que le acompañaron, regresaron sanos y salvos, a pesar de las muchas dudas, misterios y acertijos aún no develados. Solamente los marineros experimentados sabían que la Cartografía de Lucano, Macrobio, Isidoro de Sevilla, Beda el venerable y Beato de Liébana, marcaban claramente las dos zonas en que se dividía la tierra: una redonda y compuesta, que es la que habitaban y la otra, donde reinaba el espacio caótico de las aguas, siendo los mares de en medio, transición entre cristianos y la naturaleza animal, habitada por seres con poderes montaraces y malignos. Ahora, Colón demuestra que, con coraje y voluntad, con decisión y valentía, se puede vencer a ese y otros más infinitos peligros que los esperaban en una aventura como aquella.

-Acaso ¿Empédocles mismo, no encontró los huesos de Polifemo? Se preguntaban ahora los sabios, los que antes no creían. En fin, acechando estaban al otro lado del océano, reinos de tenebrosidad y miedo, poblados de islas que aparecen y desaparecen, monstruos marinos que preceden al Purgatorio de las almas pero quién no lo sabe también, tesoros infinitos, riquezas nunca vista, la gloria de vencer, conquistar y sobreponerse a todos aquellos obstáculos conquistados tan sólo por la voluntad inquebrantable de los hombres.

Los chillidos de los papagayos y las miradas curiosas de aquellos seres cetrinos y desnudos inquietan a Donoso, al igual que la muchedumbre que lo rodea. Admirados todos, embobados por la valentía y el coraje de un cualquiera como Cristóforo Colombo, sin ser siquiera de aquellas tierras sino venido de un país extranjero, quien está ahora allí, sentado a la diestra de los reyes.

-¿Qué véis? ¿Qué está sucediendo? Urge Aurelio a Donoso, agarrado a él, mientras aquél, con la mente en otra cosa apenas contesta, ¡Andad! Que sigue sucediendo lo mismo; lo dicho, todos han entrado al Convento.

-¿Lo visteis? ¿A él? ¿A Colón? ¿Cómo es? ¡Decidme cómo es!

-Sí dice Donoso, lo he visto, mientras recuerda no al Almirante ni al plumaje del papagayo sino lo que le relumbraba al indígena, colgando sobre el pecho, el oro. Colón es un hombre como cualquiera otro, le miente, mientras escupe ruidosamente las ramitas de salvia y se introduce otras nuevas a la boca mientras mastica lentamente; no le dice a Aurelio que Colón, ricamente ataviado parecía tener el rostro iluminado, resplandecido por un aura que muchos envidiaban. Que allí nadie sabía y algunos ya no recordaban al hombre que en el Puerto de Palos de Moguer un 23 de mayo de 1492 escuchaba las campanas de la Iglesia Parroquial de San Jorge, convocando a los vecinos para enlistarse en las tres carabelas ancladas en el río, prometiéndoles cuatro meses de sueldo adelantado. Que muchos se inscribieron no por aquel forastero enigmático llamado Colombo, sino por los reconocidos hermanos Pinzón, de gran reputación en el Puerto de Palos, que se hicieron socios en la empresa arriesgando sus barcos, porque los reyes financiaron el viaje a medias. Que los mismos marineros enlistados, cansados de confiar, durante el largo viaje, a mitad del camino quisieron tirar a Colón por la borda, robar al timonel el control de la nave para regresar a Castilla. Los mismo que después de aquel 12 de octubre de 1492, cuando por fin encontraron tierra, llegando a la Isla de Guahnaní, que llamaron El Salvador y se demostró el acierto de Colón, caían de rodillas a sus pies suplicando perdón, llamándole Almirante y Virrey mientras le besaban las manos.

Todas esas historias se las han contado allí mismo, observando aquella gloriosa procesión. Donoso mira al cielo y lo encuentra límpido, con un brillo cegador, distinto del de Sevilla donde nació; un grupo de nubes se desliza rápidamente de izquierda a derecha, como si tuvieran prisa. Mira a varios soldados conteniendo la muchedumbre y un escalofrío lo recorre, pensando que deben ser como los de Sevilla, intolerantes y soberbios, como son todos los soldados. Al instante desecha la idea por absurda, de que alguien lo reconozca, estando tan lejos. Han huido hacia Badalona a toda prisa en una carabela que recién salía y se trasladaba con mercaderías por todos los puertos de la costa mediterránea, hasta llegar a

aquel lugar, donde pasarían algún tiempo el aguacero de las investigaciones sobre un robo que hicieron en un callejón oscuro; quizá buscaría trabajo en alguna herrería, era lo que pensaba, y ahora esto.

La comparsa ha pasado. Aurelio insiste en que ya pasó la procesión y ahora hay que buscar trabajo. Sí, le dice Donoso. Aurelio comienza a divagar sobre lo que le ha mencionado un ciudadano, pocas herrerías hay, le dice. Donoso mira sin mirarlo, aún tiene fresca en su mente, como si los estuviera mirando, los colores brillantes del plumaje del pájaro que habla.

Camina unos pasos con la multitud, como un autómata. Se deja empujar, pinchar y fustigar por el rebaño, entre la admiración y la novelería del populacho que no termina de entender lo que está ocurriendo, en aquella Badalona fundada oficialmente por los romanos para detener la invasión cartaginesa venidos a Cataluña en el 218 A.C. y antes poblada por los iberos desde el siglo VII A.C., están sobre los doscientos metros de la Colina de Boscá, la amurallada y fortificada población.

Un hombre tropieza en él y cae aparatosamente, Donoso no se inmuta, en otra circunstancia lo habría tomado por los cabellos y lo hubiera tirado de nuevo al piso. El hombre se levanta, pide disculpas, él no contesta, está demasiado ocupado en sus pensamientos. Aparta a dos más que le obstaculizan el camino. ¿Dónde está la taberna? Pregunta a uno de ellos, porque le atacan súbitos deseos de emborracharse, obtener la valentía que da el alcohol, el entusiasmo, la claridad de pensamientos que tan sólo se despejan con el vino. El hombre le indica que la ha dejado atrás, dónde, vuelve a preguntar, de mal talante, y aquél le indica con el dedo una puerta que no sugiere nada, una casa común y corriente sin rótulo en esa callejuela de la pequeña Dalt de la Vila, no importa, dice Donoso, siempre las tabernas están cerca de los puertos. Vuelve a la procesión, se adelanta, así transcurre un buen rato, con el pensamiento al aire hasta que se detiene el acompañamiento, no puede continuar, la caminata toca a su fin, han salido de las callejuelas, caminado un largo trecho y llegado al Monasterio de Sant Jeroni de Murtra, donde bajo sus arcos góticos, bajo sus armazón ojival fundada en 1416 será recibido Colón por los reyes Católicos, de vacaciones, ahora que está de vuelta el navegante, en el mismo lugar en que fue recibido por los monarcas antes de salir en ese primer viaje.

Todo ha terminado, dice Aurelio con los ojos bien abiertos, aún llenos de sorpresa. Habla a Donoso de cosas que él no entiende, porque su pensamiento está lejos, cuando dice que uno de los que está allí ha dicho que adentro de aquél recinto se está planeando el siguiente viaje. Se sientan en unas bancas de piedras próximas a la pequeña plaza. ¿El siguiente viaje? Pregunta Donoso, cómo no haberlo pensado. Que de Cádiz saldrá próximamente agrega el aldeano ¿Cómo lo sabéis? Pregunta Aurelio, eso qué importa, refuta Donoso, lo primordial es que sea cierto y no algo que salió de su mente. ¿Cómo habría de inventar algo así? Por supuesto que la noticia es cierta, y lo dicho por el pueblerino suena a música en los oídos de Donoso. Eso significará volver a Sevilla, murmura quedamente para sí, de donde vienen. Se acaricia la pelambre sucia de la barba, hace frío dice Aurelio ¿Sentís frío? No, que va a sentir frío Donoso, estamos en mayo, las brisas cálidas del Mediterráneo tiemplan la temperatura que rebasan las montañas. Se levanta y camina unos pasos de regreso, no cabe duda que soy hombre de suerte se dice ante el pensamiento del puerto de Cádiz, mentalmente midiendo riesgos y distancias.

El pueblerino los sigue con pasos cortos, conversa con Aurelio, que esos hombres recién llegados con Colón describen maravillas de las tierras que encontraron, Donoso cierra los ojos y se mira como uno de aquellos hombres del cortejo, cargando un cofre adornado como el que llevaban entre dos pares de brazo y una cadena de oro sobre el cuello, como la de los indígenas, con una pepita del tamaño del puño de su mano y otras que piezas que no se miraban sino se comentaban. Sí, es un verdadero milagro, se escucha decir a su propia voz; traquea los dedos de la mano derecha. Dime, por el amor del Santísimo, que os sucede, reclama Aurelio y él contesta que nada, que se está imaginando los honores que le siguen a Colón y la carcajada le suena hueca, porque no hay nada que provoque risa. Se detiene, frenado por una idea y da la vuelta desembarazándose de la gente.

Vamos hacia el puerto, dice Donoso, apretando el paso seguido de cerca de Aurelio, el aldeano trata de ponerse al ritmo pero no puede o a lo mejor se convenció de que era absurdo seguir tras ellos a menos que fuera un vago, pero obviamente no lo era. Cuando subió la mano para decir adiós, ninguno de los hombres lo miró. Caminaron de prisa hasta llegar de nuevo al puerto. Donoso se quedó mirando en la lejanía, Aurelio por un instante pensó que quizá se había vuelto loco y pensaba tirarse al agua, o algo así, pero no hizo nada, se quedaron los dos allí, parados, frente a la inmensidad del Mediterráneo.

-Debemos regresar antes de que zarpe la nave que nos trajo, dice Donoso como si hubiera reaccionado.

-No entiendo, responde Aurelio.

-Qué es lo que no entendéis.

-Hacia dónde vamos.

-No hay nada que entender. ¡Retornamos!

Aurelio se sienta sobre la arena, no quiere continuar preguntando para no enfadar a Donoso, se resigna a no entender, si apenas han llegado y ni siquiera han visto el pueblo más que seguir aquel extraño desfile. Quisiera preguntarle si se ha vuelto loco pero prefiere acogerse a las zancadas de Donoso, seguirlo dando traspies, sin saber de dónde le ha salido aquella prisa. Pregunta levemente, casi con miedo, si se le ha olvidado que dejaron cuentas pendientes, allá en Sevilla. Y mientras eso dice, recuerda lleno de escalofríos, las casas del barrio de Triana de donde vienen, la herrería donde trabajaban, buscando al hombre alto y barbado que era Donoso y a una especie de enano que lo sigue como si fuera su sombra, se lo puede imaginar fielmente en su mente, por sospechas de robo sin duda dirían los gendarmes, acaso se le ha olvidado que por eso tomaron esa barraca hacia Badalona.

-He dicho que vamos a Cádiz, volvió a refutar Donoso.

-¿Hacia Cádiz, decís?

-No, por ventura os he dicho mal, no es hacia Cádiz, sino ¡Hacia el Paraíso! Y diciendo esto, Donoso lanza una estruendosa carcajada.

CUATRO

Espantado, lloroso y desesperado, sin poder pronunciar palabra, sin que nadie supiera en el Convento de la Asunción de Castilla la Vieja de dónde venía aquel adolescente, poco después de la hora de Completas, como llaman los monjes al tiempo de la oración antes del descanso nocturno, así como las Vísperas son por la tarde y Laudes al amanecer, cuando sonó el aldabón de metal. Cuando se abrió el portón, de un solo golpe cayó al rostro del joven una ola de calor que cortaba el duro invierno, proveniente del fuego de los hornillos desde adentro, asimismo recibió el primer zarpazo de la caridad: el Abad mismo lo recibió, como si lo estuviera esperando, sin preguntarle de dónde venía y por qué andaba con la mirada perdida y los pies sangrantes; lo llevó a la cocina, le dio pan, queso y vino, y un vestido de los que usan los monjes, a cambio del que llevaba puesto el peregrino, empapado de pies a cabeza, tiritando del frío. El joven quiso balbucear algo y el Abad no lo permitió; descansa por esta noche le dijo, ya mañana hablaremos. Lo dejó dormir en la casa de huéspedes, donde se recibe a los peregrinos que constantemente acuden en busca de comida y abrigo. Más noche le pareció escucharlo llorar, sin saber si estaba despierto o era presa de una pesadilla. Antes del amanecer, se escuchó un gemido de dolor, como si una daga le hubiera abierto el pecho. Uno de los frailes lo miró cruzar por el pasillo principal y luego por los corredores, corriendo como un resucitado, huyendo hacia la capilla. ¿Estáis herido? Pretendió preguntarle, pero al verlo sano, comprendió que sus llagas eran de las peores, las que no se ven a simple vista, las que se llevan por dentro. El joven corría como perseguido, fugitivo de una culpa que lo hizo tirarse a los pies del gran Cristo Crucificado del altar principal. Al atardecer llegó el Abad y lo arrancó de allí, seguro de que si no lo hacía, el penitente allí se hubiera quedado por siempre. Le tocó la frente y ésta ardía, lo trasladó a la enfermería, cuando el paciente ya entró en delirios fiebrados. Entre incoherencias se culpaba de un crimen, según lo que se pudo entender, aunque nadie estuvo cierto. Eso fue antes de que el Abad lo llevara a su claustro y allí se diera una larga conversación que nadie pudo escuchar.

¿Qué le sucedió al pobre muchacho, Padre? Se atrevió a preguntar al día siguiente Epifanio, el enfermero; traía una cesta enganchada del brazo con productos del huerto y se dirigía a la cocina. Mucha gente desconocida entraba y salía de aquel centro de piedad y oración, vos lo sabéis, Padre, pero el joven tenía una expresión especial en el rostro, no pareciera un pecador, Padre, sino todo lo contrario, dice Epifanio. No lo es, contesta el Abad, pero él así lo cree y eso es lo que cuenta. Podéis contar con uno más de los nuestros en el Claustro.

Pocos meses después, cuando el huerto se llenó de ruidos musicales propios de la primavera, una especie de melodía que reanimaba los talantes, donde los trinos de los pájaros alternaban con los graznidos de los desgarbados gansos, las ocas y otros palmípedos, anunciando que el invierno había quedado lejos, el joven estaba totalmente recuperado.

Te llamaremos Carmelo, le dijo el Abad, este bautizo dejará atrás el pasado, aquí se marca el comienzo de una vida nueva, porque eso fue lo que le prometió el joven, deseoso de no abandonar nunca el convento. Que había llegado a su verdadera casa, la definitiva, le confirmó el Abad, ante los ruegos del muchacho, pidiéndole que ofreciera al Salvador su alma y su vida entera.

Entrando a la cocina, donde se mantenía ayudando al hermano Epifanio, le preguntó si sabía sembrar. Sin esperar respuesta le dijo que no importaba, que ya aprendería, lo condujo hacia donde estaban las herramientas y allí lo dejó. A los pocos días que regresó al huerto, éste estaba limpio de malezas, y las plantas bien aporcadas, todo parecía decir a gritos que había una mano benefactora que les daba atención.

¿Cuánto tiempo transcurrió? Volvió el invierno y un nuevo verano, cuando hubo legumbres en exceso y hasta crecieron florecillas en la entrada del convento, relumbraban las opacas vetas de la bancas de la ermita y nunca se vio tan limpio el refectorio, se le incluyó en la comunidad a la hora de comer y se le permitió ocupar una de las celdas del primer piso.

Por la devoción del joven, se omitió interrogarlo, como se hace a los novicios antes de permitirles ingreso, o si lo hizo el Abad debe haber sido en completa privacidad. Pasado un tiempo, lo dejó asistir a la Sala Capitular, donde se reunían los monjes a leer y escuchar las explicaciones de los capítulos de la Orden, después del desayuno y las oraciones de la hora prima.

Carmelo dormía vestido, con las ropas ceñidas al cuerpo, como los demás, siempre listo a acudir sin tardanza a cualquier llamado, como lo exigía la Orden. Era el primero en atender las oraciones que anunciaban las campanadas del Convento cada tres horas: a medianoche, Maitines; a las tres, Laudes; a las seis, Prima; a las nueve, tercia; a mediodía, Sexta; a las tres de la tarde, Nona; a las seis, Vísperas; y a las nueve de la noche, Completas. Nunca se tomaba el tiempo libre después de las comidas, solamente lo hacía si el Abad le daba la tarea de leer y crecer en el conocimiento de las cosas del Señor. Era el primero en abrir la puerta cuando sonaba el aldabón, en recordatorio de su llegada al Convento: *entrad, hermano*, decía a los peregrinos, como él lo fue una vez, corriendo a la cocina a traer comida, yendo a la lavandería, consiguiendo una capa, poniéndosela encima, hablándole con humildad y llamándole *hermano*; elevando los ojos y agradeciendo al Señor el privilegio de ser generoso en su fraternal encuentro.

Un buen día, le dijo Epifanio, que era ideal para una posición más elevada por su vida ejemplar, y Carmelo se llenó de pavor. ¿Cómo un indigno pecador como él, podía aspirar a semejante puesto? Su mayor ilusión era tener un encuentro permanente con el Señor a través del bien hacia los menos afortunados que él, para alabanza y gloria de su nombre, no en el escritorio de la comunidad. El sentido de vanidad que le despertaron aquellas palabras lo pusieron en tentación, por eso salió el domingo siguiente con otros frailes a mendigar, uniéndose a los limosneros del pueblo cercano, porque la mendicidad mitiga el excesivo orgullo. No siendo suficiente, un buen día inició el proyecto de ejercitar su cuerpo para que el alimento fuera cada vez más frugal, imitando a las avejillas del campo, que se alimentan de lo que cada día el Señor provee. Sin saberlo, Carmelo se estaba preparando para la misión más grande de su vida.

Deseaba ardientemente la vida ejemplar de San Benito, el santo patrono de la orden, desde que escuchó de boca del Abad que, en el año 529 de Nuestro Señor Jesucristo, siendo aún adolescente, el santo fue enviado por sus padres a Roma a cursar estudios y al sentir el llamado de la vida monástica dejó todo en busca de un lugar solitario, llegando hasta Subiaco y luego a Cassinum donde, con otros jóvenes como él, que confraternizaban y meditaban en la palabra de Dios, dio inicio a la Orden. El nombre que te hemos asignado te da compromiso con el santo, dijo el Abad, y Carmelo soñaba con ir algún día a un rincón del mundo y fundar un retiro, en busca de una vida ejemplar, sin saber que muy pronto, la oportunidad se le presentaría.

Ésta le llegó una madrugada en forma de revelación. Soñó que se le aparecía el propio San Benito en persona, ordenándole expiar sus culpas dedicándose a la evangelización. Se miró a sí mismo en tierras

extrañas, con gente que nunca había imaginado existieran, y cuando despertó sobresaltado, supo que no era en los caminos polvorientos de Castilla, ni atendiendo a los pobres arrumados a las plazas, ni practicando la mendicidad en los rincones más pobres de su tierra; su destino estaba más allá de aquellas latitudes. Se convenció de su destino cuando ese día llegaron al convento las noticias de que, en una lejana tierra recién descubierta por Cristóbal Colón, había necesidad de frailes para la evangelización.

Entró a la habitación donde el Abad resolvía los asuntos de la orden, en silencio pedía al cielo que pusiera sabiduría y convencimiento en sus palabras. Por unos instantes, su vista se detuvo en el enorme librero donde se amontonaban los libros de uso del jefe y director espiritual de aquella pequeña comunidad; había algunos en el suelo, por no haber suficiente espacio. Una mesa rústica ocupaba el centro del salón, olía a humedad y a polvo, a pesar de las ventanas abiertas. Como si el Abad lo conociera mejor que a sí mismo, no lo urgió de hablar, como si supiera lo que le iba a decir. Permanecieron en silencio por unos instantes, Carmelo se llevó las manos al pecho, y sintió un leve temblor. Le dijo Padre, he tenido una revelación y por fin estoy cierto de mi destino, le dijo, o algunas palabras similares. Luego le contó el sueño que había tenido, en el cual el propio San Benito le proponía hacer aquel viaje a tierras lejanas. Si bien es cierto que tan solo tengo diez y nueve años, he recibido el llamado del pecador a quien se urge convertirse en un templo, un instrumento viviente para el bien. Acaso el Monasterio de Monte Cassino fundado por el mismo San Benito, no estaba asentado sobre las ruinas de un edificio pagano, dedicado al culto de Apolo? Aquellas paredes que antes sirvieron al mal, alojaron a los monjes peregrinos y sus trabajos para demostrar que de la peor iniquidad puede florecer la mayor belleza, de una espina puede nacer una flor. Por eso Padre, le dice al Abad, siento el llamado de ser un instrumento de conversión hacia otros que están en condiciones de mayor necesidad que yo.

El Abad se levantó y caminó unos pasos hacia la ventana. Desde allí miró la campiña, luego a la entrada principal, se le vino a la mente la figura de Carmelo cuando llegó por primera vez, pensó que los designios del Señor son extraños. A partir del hallazgo de las nuevas tierras de infieles por aquél viaje de Colón, muchos deseaban lanzarse a la aventura, dispuestos a afrontar cualquier riesgo por la promesa de una vida más rica y provechosa en la tierra; Carmelo añora lanzarse en la expedición animado por una distinta ambición, para tener mejor vida en el más allá, acumular no riquezas ni oro, sino ganando muchísimas almas para el Señor ¿quién era él para negarse a aquel noble apostolado?

Carmelo salió de aquel recinto con deseos de dar gritos, de correr y saltar de felicidad. El Abad dio su permiso y bendición además de su recomendación para enlistarse como voluntario en una de las naos de Cristóbal Colón hacia las Indias. Se dirigió a la cocina para comunicarlo al hermano Epifanio, él seguía allí en los afanes de la cocina, el rostro se puso algo pálido, quiso decirle algo así como ¿qué haremos ahora sin ti? Pero no lo dijo, sino que le dio su bendición.

Salió Carmelo de madrugada, en una carreta hacia el puerto de Bilbao ubicado al norte, en la provincia de Vizcaya, fundado por Diego López de Haro en el año de 1300, ubicado a la orilla derecha de la ría del Nervión, buscaba el transporte del mar hacia Cádiz, allí abordaría una embarcación pequeña de poco calado pero bastante veloz de las que abundan para cubrir las cortas distancias en los puertos mediterráneos.

¿Con qué recursos llegaría hasta Cádiz? Es lo que menos le preocupó, *Dios proveerá* era el lema entre los monjes, viviendo de la caridad de almas nobles, por todo capital su santo libro, envuelto en una pequeña bolsa que pende del sayal. Cuando llegó al puerto se ofreció a hacer los trabajos más humildes para el pago de su transporte, y pronto partieron. Mirando al cielo se recreó en el aire golpeando la vela latina de la embarcación, sus dos palos y un solo puente, meciéndose al compás de las olas. Era una pequeña nave, va algo ligera después de descargar los granos traídos de regiones del sur de Andalucía donde abundaban, encontrando buen comercio en estas tierras entre tanto hielo y nieve. Pudo hacer el viaje entre las montañas hacia el sur, prefiriendo la ruta por el mar como un recurso más viable para evitar la aventura de cruzar montañas, valles y caminos desiertos y peligrosos, no solamente por el tiempo que le tomaría, sino por estar a expensas de asaltos y ataques de delincuentes.

Es de noche cuando interrumpen en el perfecto puerto de Cádiz, preferido de los marineros por ofrecer protección en tiempos de tormenta con sus magníficos fondeaderos. Está anocheciendo cuando se avistan las primeras luces del puerto, y al poco rato pone pie en tierra. No tiene que hacer un largo recorrido, cerca del puerto está la Iglesia de la Santa Cruz, construida sobre los restos del antiguo templo

que mandó a hacer Alfonso X El sabio en el Barrio del Pópulo que después sería la Catedral de Cádiz, allí pasará la noche.

Al día siguiente y después de confesión y comunión en la primera Misa, largamente se encomienda a Dios Nuestro Señor. Se adentra en la gran actividad del puerto que comienza desde la madrugada, y entre brumas observa algunas carabelas atracadas y otras más en la bahía haciendo en total la suma de diez y siete que en pocos días saldrán hacia las Indias. Siente sobre el rostro la brisa salitrosa que ha sido su inseparable compañera desde que salió de Bilbao y lo será en el tiempo venidero. Comienzan a caer unas finas gotas del cielo, da gracias al Señor por aquel bautizo celestial y en él una señal de su Creador de aprobar su decisión; sabes Señor que soy tu instrumento, decía con los ojos alzados al cielo.

Varios días después siguió hacia el balanceo de los mástiles donde se terminaban de cargar las naos, tiene frente a sí a la Marigalante, la nao capitana de la armada, entre los tres navíos grandes, porque los otros son más livianos; barcas cantábricas como la que le transportó a él, ensambladas con clavazones de madera, al lado de doce carabelas, de menor calado, sin bodegas, entre ellas La Niña, que ya participó en el primer viaje del Almirante. No le importan los olores penetrantes a salitres, pescado muerto y sudores de la gente, acostumbrado como está a los humores de los enfermos en hospicios y hospitales; llegado el momento muestra sus pocos documentos y entra Carmelo Orellana al servicio de Vuestras Majestades, de vos y de Nuestro Señor. Lo miran muy joven para aquél menester, que Dios os proteja, le dicen antes de anotar y dejar caer el sello de aprobación.

Bajo los primeros rayos del amanecer se sobreponen a la excitación de la aventura, hacia el ignoto mar, aunque entre tinieblas espantosas, ruidosas bocas de abismos sin final como en la entrada del mismo infierno entre aguas aún no transitada, en los confines mismos del Paraíso Terrenal, le tocara en suerte encontrar las islas perdidas: San Bradán, Antilla y las Siete Ciudades, que aparecen y desaparecen llenas de delicias para fascinación de los marineros.

Hay una belleza particular en aquel amanecer de la partida, los reflejos del mar llenan de pinceladas de colores el cielo, emergiendo de las involuciones del agua, reflejándose en ellas el sol naciente como si fuera un espejo. Antes de salir el sol emigrarán las quince velas cuadradas y dos latinas de las cuatro naos y trece carabelas, mientras él, apretujado sobre la cubierta, mira con curiosidad hacia lo alto de la Marigalante, al hombre que dirige el destino de la Armada; al Almirante Cristóbal Colón. Éste entra y sale por un instante de la única cámara privada con que cuenta la nave capitana, a diferencia del resto de las carabelas. En esa misma estancia lo observará Carmelo pasar largas horas, de día y de noche, dilucidando la ruta y el destino de los que van a su cargo.

Le han pasado los primeros temblores, turbaciones y desasosiegos al sentirse en el frágil vehículo sobre la inmensidad del mar, todo ha sido por un breve instante, sabe que todos están en las manos de Dios.

[CINCO](#)

5

Da unos primeros pasos, como un bebé aprendiendo a caminar. Mira a su alrededor, todo el espacio disponible está saturado de gente, los marineros en sus labores y los pasajeros tirados aquí y allá. Comienza a sentir aquél terrible vaivén, la fuente de sus desgracias. Santa María, Madre de Dios, dice Domingo entre dientes, como si hasta ahora se diera cuenta del viaje emprendido; es media mañana, una brisa fresca los envuelve y el sol es suave, justo cuando ante sus ojos se va haciendo pequeño el Puerto de Cádiz, como una raya en el horizonte queda la figura del Trocadero, la península que como un brazo se adentra en el mar para resguardar a la bahía de los vientos húmedos del Atlántico. Es el puerto más importante que el escondido puerto de Palos de Moguer, de donde salió el primer viaje de Colón, del cual hay que salir al mar por la boca del río, en cambio aquí, las naves se deslizan directo hacia el océano.

Inmóvil, deja que el viento juegue con sus cabellos mientras sus ojos beben del paisaje, tratando de olvidar el movimiento. La costa brilla a lo lejos. ¿Por dónde quedará el Guadalquivir, con sus vides, olivos y frutales, los vinos de que tanto se habla? Trata de distraerse del zarandeo imaginando a lo lejos, un castillo deslavado, entre tanto pueblo anónimo; a sus diecinueve años, sin tantos recuerdos, el Tajo y el

Guadiana eran los embalses más grandes del mundo, y ahora sabe que no son nada ante la inmensidad de este mar.

Qué va a saber Domingo, que aquel puerto del que salieron, Cádiz, Gadir o Gadez, histórico y milenario, fue fundado por los fenicios y en tiempos de gloria, el gran puerto militar del moro Abderramán. Más bien se solaza en contemplar los botes de pesca y las salineras de la orilla. Torna a mirar hacia el cielo, al ondeante mástil, a los blasones de colores serpenteando al viento, esa madrugada rodaron lágrimas por sus mejillas con los cánticos, que le parecieron celestiales, aun saliendo de las voces disparejas de los tripulantes, y así, distraído, se le van las horas sin sentir, hasta que recibe sus primeras lecciones de marinero. Pronto se da cuenta de lo que es el viaje por mar, como sardinas en un tapesco, magullados, temblorosos y ateridos por la humedad, van acomodados más de cien hombres sobre la cubierta. Sin mediar palabras, cada quien pelea su pequeño espacio de madera húmeda, donde pasan día y noche, comen, duermen y defecan, sobre un cubo que después tienen que lavar con agua de mar. Nadie hace nada más que matar el tiempo, a excepción de los marineros, en constante labor, pero a nadie pareciera afectar tanto el zarandeo como a él. Esa primera noche, casi no durmió.

El nuevo día, no niega que el amanecer es hermoso; mejor mira hacia el horizonte que hacia la cubierta, rodeado de soldados, labradores, funcionarios, carpinteros, mozos y herreros, unos sucios, otros limpios, algunos mejor vestidos que otros, porque no hay más lugar donde estar, en la planta baja a la que se acceden por unas incómodas escaleras, van las bodegas con agua y alimentos secos, y el único camarote existente, pertenece al Almirante. Sin conocer más que retazos de la historia que se está escribiendo, Domingo es uno más entre los dos mil quinientos hombres que viajan en las diez y siete naves que surcan el océano hacia las Indias. ¡Qué van a saber de las interioridades políticas que se cocinan allá en Castilla, entre legajos, pliegos y documentos de palacio! Son en su mayoría asalariados de la Corona para labrar, cabalgar, guerrear, construir, herrar, por aquella disposición de fundar una colonia en las tierras recién descubiertas. Y los escasos que van por cuenta propia, en su mayoría movidos por el interés de hacerse ricos y vivir el resto de sus días en un plácido retiro, como hacen los nobles. Poco como él, están allí por el azar.

Terminados los cánticos celestiales, de aquellas mismas gargantas que brotaron salves y bienaventuranzas a la Virgen, ahora salen gritos, órdenes e impacientes maldiciones para gente que no sabe nada de velas, jarcias y molletes, como él. -¡El que no ayuda, que no estorbe! Son las frases enjundiosas, porque todos tienen que ayudar, aún él, que no sirve mucho para nada, presa de aquella terrible náusea, presa del terror hacia el mar. Los que menos saben, deben recoger agua del mar con un balde atado a una soga para lavar la cubierta. De esa misma manera se lavan a sí mismos, lavan su ropa o se dan un baño, lo peor es tener que defecar sin privacidad, enviando los desperdicios del cuerpo hacia el inmenso mar.

En un extremo, varios marineros inician fuego sobre una plancha de acero, colocan encima un cazo de hierro en el cual nada un puñado de garbanzos y carne salada. A su lado un hombre cuida con recelo sus bultos, una jaula con gallinas, saca cuidadosamente de su talego un pan con ajos que rocía con aceite de oliva, y comienza a merendar. Un vacío en el estómago, que después se hace un dolor agudo, recuerda a Domingo su ayuno, su desconocimiento de saber que tenía que llevar su propio bastimento; únicamente a los asalariados se les da facilidad de alimento. Él tiene derecho, como tripulante, nada más que a una porción de agua de beber al día, que sacan de las barricas de las bodegas guardadas en las bodegas, que se distribuyen al servir el único tiempo de comida, al mediodía; a los que van a sueldo de la Corona, corresponde una ración de bizcocho, esa especie de galleta dura que se hornea dos veces para darle consistencia seca y dure más tiempo, lo que comen todos; una taza diaria de vino, y el agua, antes dicha. Los independientes como él, comen y beben lo que llevan consigo, lo que han comprado con sus propios recursos.

Siente un atranco que sube y baja del estómago hacia la boca, es la interminable náusea. ¿Qué demonios hago yo, aquí, en medio de esta gente? le comienzan a asaltar las dudas. ¿No hubiera sido mejor escapar a una montaña de las Hurdes, quizá viajar a otra provincia de la enorme Castilla, donde nadie lo encontraría? El proyecto de huir hacia las Indias fue la trasnochada idea de Francisco que consideró un premio, algo que aquél deseaba según su apetito de aventura, la ocasión de que Domingo se hiciera rico, el

mejor premio que podía ofrecerle. ¿Y por qué no decirlo? Para Domingo representaba un mundo de posibilidades.

Pero Domingo no es Francisco y está allí, en alta mar, sin saber hacia dónde se dirige ni lo que le depara el destino en lo que todos saben, es una riesgosa empresa, poniendo en peligro su propia vida. Los pensamientos le acentúan los ardores del estómago. Está oscureciendo cuando encienden dos linternas de gas que se mecen sobre un poste, una babor y otra a estribor, para iluminar la noche. Se tapa el rostro con las manos y comienza a sollozar, no sabe por cuánto tiempo, hasta quedarse dormido.

Es de nuevo el amanecer, el vértigo y la desazón lo embargan. Una mano toca su brazo y le extiende un trozo de pan, con voz gangosa le dice, ¿No cargáis qué comer, verdad?, no sabía tener que hacerlo contesta él y el otro ríe de buena gana, como si le hubiera contado un chiste. Todo el mundo lo sabe, responde, solo le falta decirle que es un bobo. Domingo toma el trozo de pan, se lo agradece, mientras al hombrecito la risa le sacude los hombros. Vaya, vaya, es todo lo que dice mientras Domingo come a desgano, sin saber cómo caerá al estómago aquel obsequio. De pronto lo asalta una duda: no confiéis en nadie, fueron las palabras del Duque, y sospecha del hombre que le pretende su amistad. Mil pensamientos le vienen a la mente: ¿Y si alguien lo reconoce? Se le atraviesa el pedazo de comida en la garganta, no olvida el remordimiento de haber segado las vidas de aquellos soldados en un callejón oscuro, lo único que lo salva es haber cumplido con su amo, aún los recuerda, tirados sobre un charco de sangre, entre gemidos ahogados, destazados como animales sobre el empedrado de la calle. Soy un asesino, se dice, y no puede evitar sentir ganas de llorar mientras se le enrosca el estómago como si una serpiente adentro de su ser le constriñera el cuerpo. Torna a mirar a su benefactor y sólo le vienen las palabras del duque: no te fíes de nadie, aunque el hombre pequeño luce de buena fe y el hambre lo acosa y lo aturde. Gracias, cómo puedo pagar este favor, agradece.

¿Cargáis dinero? Le pregunta aquél con aire de confidencia. Algunos ahorros, lo suficiente para el viaje, manifiesta Domingo con desconfianza, en un gesto instintivo no evita tocarse el talego pegado al pecho por dentro del jubón. ¿Por qué? Se atreve a preguntar, el otro contesta que por nada, que si quiere comer se quede cerca de él, que él resolverá. Le entrega más pan y cecina seca envuelta en un pequeño talego, Domingo quisiera rechazar la oferta, pero puede más la necesidad.

Tenéis crédito conmigo, aunque por poco tiempo, indica el enano mientras mastica un trozo de cecina. Sabe Domingo que el sustento debe ahorrarlo para que le duren por el resto del viaje, por el peligro de que le cueste todo el dinero que lleva encima, así, más pronto de lo que piensa, caería en el más expedito fracaso en el que se veían atrapados los que van a Indias, aún antes de llegar; endeudarse, aceptando créditos, con precios tres veces más altos, ocasión de destierro, hasta cárcel del deudor por falta de pago. Eso no le sucedería a él, sino algo peor, su deuda sería de las eternas, las del agradecimiento, por los acontecimientos que se darían después. Mi nombre es Aurelio y aquél que ves allá es mi amigo y hermano. ¿Y vos? Pregunta el samaritano. Domingo de Almanza, contesta, mirando la barba enmarañada del hombre grande que no sabía sería su verdadero acreedor, José Donoso.

Es 5 de octubre al mediodía y no se siente el ardiente sol por el constante viento, cuando en medio de la inmensidad, como una visión, se les aparece la Gran Canaria, la más grande del grupo de siete islas. Siguen de largo hasta que miran, como inmensos cuchillos clavados en el mar, los farallones de la Gomera, la escala última de los que van a las Indias. Aquí bajan; durante dos días, Domingo siente el alivio de tener tierra firme bajo sus pies, como si sospechara lo que le espera; merodea por el pueblecito desde la madrugada, mientras se carga agua y leña dentro de cada una de las carabelas, entre tanto, algunos como él caminan por las calles estrechas, tan notorios son tantos marineros en el pequeño puerto. Pronto vuelven a las naos, que tienen que hacerse a la bahía y hacerle espacio a otras barracas, para ser cargadas.

Domingo mira hacia la nao, desde lejos observa pasar por el puente becerros y gallinas cacareantes, ovejas y cerdos, como si aquella fuera una pequeña Arca de Noé. Entre aquellas hembras van las que habría de decir, años después, Fray Bartolomé de las Casas, cuando describiera la gesta, que de aquellas puercas descendieron todas las del Nuevo mundo. Buscándoles acomodo y compitiendo por el espacio se embodegaron, listas para la siembra, pepitas de naranjos, limones, cidras, melones y hortalizas, que llevarían los perfumes de Castilla a remotas tierras, y las primera cepas de caña de azúcar, que años después, habrían de cambiar la vida de Domingo.

Antes de regresar a la nave, un hecho distrae su curiosidad; mira entrar y salir a gente importante, elegantemente vestidos, con calcetas y zapatillas de cuero, algunos, y otros con altas botas y hasta armaduras elegantes, seguidos de sus pajes; son los capitanes de los navíos, que se entrevistan con el Almirante en su propia cabina, debe ser para algo importante, piensa. Es que allí Colón los reúne, evitó detenerse en la Gran Canaria para esquivar los buques portugueses y no delatar de ninguna manera la ruta que él mismo ha forjado; ahora, los capitanes recibirán de sus manos sendos sobres lacrados, para ser rasgados únicamente en caso de emergencia, por si alguna de las carabelas pierde el camino y tenga que reencontrarlo, aunque tal cosa no sucederá porque todas navegan sin perder la distancia. Ahora sí, comparten el secreto que antes pertenecía únicamente a Colón y a los Reyes de España, que éste les entregó en un libro sellada para constancia en los Reales Archivos, antes de partir de Barcelona, conteniendo el secreto de estado más grande de los tiempos: la relación de todos los rumbos de la ruta Castellana hacia las Indias.

Los capitanes se retiran y ahora pueden subir los marineros. Cuando están a punto de salir, Domingo mira a un grupo de jóvenes hermosas cargando canastos con frutos y envoltorios. Su mirada se encuentra con unas mejillas sonrosadas y rostro sonriente, pero él ya no está en tierra. ¿Por qué no percibió antes, cuando estaba en el puerto, a la joven que le sonríe? Los gritos estridentes que se volverán familiares en el curso de los días ¡Ajustar jarcias! ¡Levantar anclas! le mueven a una angustia infinita, o quizá será mirarse alejado de aquella joven hermosa que percibe a destiempo, como si ella representara la vida que está dejando. El desasosiego crece cuando mira la actividad que los pondrá a merced del viento y las corrientes, trata de mirar de nuevo a la joven, con el corazón encogido, como si ella fuera algo suyo, si tan siquiera la hubiera conocido y ahora apenas la mira, extendido queda el brazo, en un gesto de despedida que ella a lo lejos le devuelve. Se le llenan de lágrimas los ojos cuando la nave de desenreda del fondeadero y comienza a escuchar el ligero golpe de la quilla sobre el agua. Una brisa tenue deposita gotas de agua salada sobre el rostro, se confunden con sus lágrimas, mientras va perdiendo de vista a la joven, quizá nunca la ha visto, tan solo la ha imaginado, y no sabe por qué siente una extraña soledad tan grande que se acentúa cuando mira pasar de largo la Isla de Hierro, cercana a la Gomera y la última de las Canarias, con las velas al viento la flota entera, dando el viraje definitivo que pone todas aquellas proas en dirección austral.

Dios mío, señor Jesucristo repite muchas voces, lo que él se dice en el pensamiento: nos encomendamos a Ti, Señor, tiembla y reza. Solamente pide al Altísimo le quite ese pánico que le oprime las entrañas. Señor, sabes que no soy un cobarde, dame fuerzas para soportar esta prueba. Lo que más le aturde es el interminable cabeceo, y así va, rogando, mientras cruza los brazos, abrazándose con sus mismas manos, acariciándose a sí mismo, el rostro hundido entre las piernas. Así pasarán los días, presa del insoportable vaivén a merced de las ondas del mar, cuando de pronto hay un cambio inusitado.

Los días pasan y el bamboleo no cesa; ese día cantan un salmo, tal como hacen en cada amanecer y a cada anochecer, al que se le siguen otras voces. Después del viento que les ha favorecido, entran en una inusitada calma que no termina por ese día, ni otro, ni muchos más, donde solamente se escucha el golpeteo de las incesantes olas y el mareo se hace cada vez más insoportable. El viaje se hace monótono por varios días, escuchando el incesante rumor de las olas, el rechinar de maderos y cables, el crujir de los mástiles, la única manera de vencer el tedio será escuchar a uno que otro contador de historias, de consejas y cuentos de horror.

Cuando ya la paciencia desesperaba, como una extraña aparición, como un ensueño que les cubre, comienza de nuevo a soplar el viento, muchos caen de rodilla agradeciendo al Creador. La brisa ahora es constante, las naves se mueven rítmica y velozmente, a todos se les devuelve la esperanza de pronto encontrar tierra.

Domingo come poco, el mes de octubre llega con una terrible tempestad, cada vez se siente más enfermo, cansado mira el azul del océano haciéndose un solo manto con el cielo. Algunos marineros que acompañaron al Almirante en su primer viaje, dicen que muy distinto fue el anterior, cuando los marineros se rebelaron contra el Almirante después de tantos días sin ver tierra. Y eso que nadie sabía que solamente en sus anotaciones secretas consignaba la verdadera distancia, mucho mayor de la que revelaba a los demás, por el riesgo de que le dieran muerte; distinto es ahora, en que saben que llegarán a un destino, si

no es que un temporal, algún monstruo marino de los que hablan los escritos antiguos, los sorprenda y los engulla enteros.

Domingo se siente cada vez peor; como un pez desplomado sobre la cubierta espera que de un momento a otro un inmenso monstruo surja de entre las olas y lo trague, junto a la nao completa, cuando recibe en pleno rostro un chubasco de agua salada. Vamos, que si seguís así, habrás de morirte, ¡joder, que a los males del agua se les ataca con agua! Se escucha la pesada voz de un hombre alto y barbado, con aspecto de oso, sosteniendo sus manos peludas un cubo toma otro del salado líquido directo a la cabeza de Domingo diciéndole que sí, que tiene miedo, pero debe saber que nadie se muere antes de tiempo. Domingo se levanta algo aturdido y busca el refugio de su pequeño hueco cerca del barandal, tiene cerca de sí al buen samaritano, Aurelio, a él le pregunta quién le ha tirado agua y aquel contesta que es José Donoso, de quien os he hablado, termina diciendo, es un gran amigo si te lo sabes llevar, porque así como es de fácil su risa, así es de temible su cólera, que no se debe provocar nunca para no terminar difunto.

Domingo intenta bajar la escalera hacia las bodegas, quizá allí encuentre algo de alivio a su angustia y vértigo, busca sin saber qué, no le es posible continuar, hombres sentados sobre las tablas obstruyen el paso, hasta él llega los olores de jamones secos, colgados en ganchos de la vigas, la carne en salmuera adentro de los barriles, los ajos y las cebollas mezclados con excrementos de animales y aquel insoportable olor a podredumbre, le acrecienta la náusea, dando tumbos se obliga a volver al barandal.

Como un borracho mira a su alrededor los cuerpos de todos aquellos hombres, mira hacia el océano, dejando que una ráfaga le bañe la cara, todo se mece de un lado a otro, las velas, jarcias y mástiles giran frenéticamente, de pronto, se le quitan los suspiros, los sollozos, los deseos de llorar, lejos quedan los maderos crujientes, las velas agitadas por el viento, todo se vuelve lejano y siente volar por el aire como las aves, quizá es un pájaro, una paloma que se remonta por el cielo, a lo lejos escucha gritos del contraemaestre, diciendo algo incomprensible que uno de los grumetes repite, no sea da cuenta que es hombre al agua lo que vociferan.

Quiere llevarse las manos hacia los oídos y no puede, no las siente, levemente le parece mirar a lo lejos un hombre tirándose tras él ¿sería un sueño todo aquello o en verdad estaba muriendo? Sin duda está feneciendo porque mira todo de lejos, con meridiana claridad, como si aquello le estuviera ocurriendo no a él sino a otra persona, por qué no, si a la muerte no importa si se es un gran señor, un granuja de Sevilla o un siervo de Extremadura, y la niebla que deriva del océano lo cubre como una sotana, no percibe manos y pies pero flota y aún respira, se pregunta qué será lo que sigue, si ángeles bajados del cielo o los demonios del infierno, no sabe nada más porque todo se oscurece, lo último que mira es una barba negra y húmeda, un hombre que lo aprisiona de los cabellos y tira de ellos, son unos brazos poderosos que lo sacuden y así pasan varios minutos, peleando contra el rompiente oleaje, hasta que ambos son izados con una cuerda hacia la cubierta de la nave y él cae al suelo como un pez inflado por el agua, al que exprimen la panza para que ésta salga a borbollones.

Cosa increíble, cuando Domingo recobra el sentido, lo primera que nota, es que el mareo ha desaparecido, con meridiana claridad, como si la vida lo pusiera frente a una persistente realidad, mira frente a sí a su salvador, es José Donoso. Jamás podré pagártelo, le dice, y aquél contesta con una risa estridente, que lo perseguiría por siempre, te equivocas, ya lo verás, que sí me pagaréis y Domingo no sabe en ese momento, que muy bien ha de pagárselo. Por el resto de su vida.

[SEIS](#)

En un extremo de la nave, un muchacho, casi de la misma edad de Domingo, alto y delgado, de pelo negro rizado y con incipiente barba a pesar de ser tan joven, piensa en cosas profundamente serias para alguien de su edad: lo inherente a lo humano como son la culpa y el perdón, las mil maneras en que los hombres nos enredamos para disculparnos ante nosotros mismos, como ya lo vemos desde el inicio de los tiempos, cuando Adán y Eva no reconocieron su pecado y él le echó la culpa a ella y ella se la cargó a la serpiente; qué decir del mismo David, después de asesinar a Urías y cometer adulterio trata de ocultarlos, hasta que la culpa le hizo estallar y confesar *escuchando a sus huesos gemir todo el día* (Sal.32:3) Pero el Señor es infinito en su misericordia. Pensando en estas cosas entrecierra los ojos, mete nerviosamente sus manos hacia adentro del rústico sayal, es terrible la noche de tormenta iniciada hace ya varios días, la primera

desde que emprendieron el viaje. El día anterior un joven como él, angustiado por los mareos, cayó el agua, y otro, con cara de truhán y grande como un oso, lo salvó.

La borrasca comenzó después del mediodía del día anterior, cuando todo se puso oscuro y tenebroso, de presto comenzaron a retumbar rayos y centellas en el vacío, sin una gota de agua, el más extraño de los vendavales, como nunca había visto y más tarde, al hacerse de noche, comenzó a llover, solamente los rayos que iluminaban el cielo dejaban ver las terribles crestas de agua.

Pensando en estas cosas está, de pronto un torrente salado le cruza el rostro, se está encomendando a Dios, esperando la madrugada, no sabe si es la hora prevista, si pronto amanecerá. Se siente oprimido, como siempre antes del amanecer. ¿Qué tan ciertos están de su destino? El mar no recupera la calma, como los agitados corazones, todo se mueve hacia todos lados, los maderos crujen y muchos oran en murmullo, así entra en sus sentidos la brisa pestilente, mezcla de humores de los tirados sobre la cubierta, pero eso es de lo menos, peores cosas ha pasado atendiendo pestes y enfermedades, lavando heridas purulentas, palpando curaciones fétidas. No, lo fundamental es lo otro, cuando todos llenos de temores esperan lo que les deviene en el *Mare tenebrosum*, ubicado en el fin del mundo conocido; después del Cabo Finisterre al final de la costa de la muerte, el punto más occidental de Castilla desde el imperio romano la etapa final de los caminos que convergen hacia Santiago, es donde se encuentra oculto el paraíso, pero también donde comienza aquel otro mundo, habitado de monstruos inimaginables. Todo ello es una realidad ahora, al dar Colón la orden, pasando las Canarias, de cambiar ligeramente el rumbo tomado durante el viaje anterior, según escuchó decir, un rotundo giro hacia el Oeste, profundizando hacia el Sur, pues de esa manera llegarían más directamente al Cipango frente a las Islas del Gran Khan, tierras de gentiles, donde su misión evangelizadora tendrá plena razón de ser. No lo sabe Carmelo, ni siquiera el propio Colón, que de esa manera llegarán a su destino en menos tiempo que la vez anterior, y será por siempre, la misma ruta utilizada por todos, en los siglos venideros, para ir del *Viejo* hacia el *Nuevo Mundo*, una frase, por cierto, jamás dicha por Colón. Mientras tanto, en este minuto, en este instante, están a la espera de cualquier cosa.

En la soledad de su rincón, escucha la respiración agitada de los hombres a quienes ha sido imposible entregarse al sueño, mansas ovejas del rebaño del Señor, tan indefensas y culpables como él. Saca las manos debajo del sayal, se aferra a la cubierta oscura de piel que cubre un libro aplastado, debe ponerlo a buen resguardo, no sea lo pierda en los agites del vendaval; con gran devoción lo lleva a sus labios y deposita en él un beso antes de asegurarlo de nuevo, más firmemente, en el refajo que lleva sobrepuesto, pegado a sus carnes flacas. Entrecierra los ojos por unos instantes, se santigua en silencio, es propicia la inclemencia del temporal para buscar la pureza del alma que da la confesión del pecado y la acción de gracias por el perdón; siempre abre el Sagrado libro y le da vueltas a varias hojas, con gran cuidado, hasta llegar al Salmo treinta y uno, redactado por el Rey David después del pecado de adulterio cometido con Betsabé y el asesinato de Urías, donde cuenta la felicidad del pecador que expía sus pecados a fuerza de holocaustos y sacrificios para obtener la Misericordia del señor. Debe cumplir la penitencia de recitarlo cada día por el resto de su vida. Guarda el libro, porque lo sabe de memoria:

*Dichoso el que está absuelto de su culpa
A quien le han sepultado su pecado;
Dichoso el hombre a quien el Señor
No le apunta el delito.
Mientras callé se consumían mis huesos
Rugiendo todo el día
Porque día y noche tu mano pesaba sobre mí
Mi savia se me había vuelto un fruto seco
Había pecado, lo reconocí
No te encubrí mi delito
Propuse: "Confesaré al Señor mi culpa"
Y tú perdonaste mi culpa y mi pecado
Por eso, que todo fiel te supliquen el momento de la desgracia:
La crecida de las aguas caudalosas
No lo alcanzará.*

*Tú eres mi refugio, me libras del peligro,
Me rodeas de cantos de liberación
Te Instruiré y te enseñaré el camino que has de seguir,
Fijaré en ti mis ojos
No seáis irracionales, como caballos y mulos,
Cuyo brío hay que domar con freno y brida;
Si no, no puedes acercarte.
Los malvados sufren muchas penas;
Al que confía en el Señor
La misericordia lo rodea
Alegraos, justos, y gozad con el Señor
Aclamadlo, los de corazón sincero.*

A buen resguardo pone, bajo sus refajos, el gastado libro, da gracias al Señor recitando una acción de gracias de pecador perdonado. Confortado, toca con su mano derecha el texto para confirmarlo en su lugar, luego, curioseas en torno a la cubierta; es de madrugada, tiene empapado y aterido el cuerpo, su sayal gastado lo hace parecer más pordiosero que fraile, ahora que está hecho una ruina por el efecto del agua. El rostro de barba tierna se ilumina con el amanecer oscuro. Qué risa, el día anterior despertó temprano, creyendo estar al costado de la iglesia, hasta escuchó un toque de campanas como las del Convento, y era la señal del cambio de guardia de la nao; pero ahora no ha dormido, desde que se descubrió bajo el pesado cielo gris de la inmensidad que los envuelve, bajo aquel cielo oscuro, no ha pegado los ojos, *Dios mío, Dios mío, ampáranos*, dice en voz baja.

En todos los hechos está latente la mano del Señor; en él confiaron, antes de abordar, los encargados de la justicia; no tenía las credenciales que lo probaran castellano viejo, de tres generaciones atrás, ni mostró la garantía de no ser raza corrupta, prohibidas de viajar al Nuevo Mundo, judío o árabe no converso, ni perseguido de la Santa Inquisición, converso o moro solapado, todos requisitos de ley dictados por el Rey, representante de Dios en la tierra para orientar y dirigir a su pueblo y preservar la fe Cristiana, deseoso de mantener impoluta la nueva colonia. Sí, en todo aquello mediaba la voluntad de Dios, no fue sino Él quien facilitó las cosas para que Carmelo, humilde mortal, se enlistara sin ningún tropiezo en ese viaje hacia tierras remotas, armado únicamente con las enjundiosas recomendaciones del Abad de la Asunción. Así se dispuso a afrontar la más alta misión de su vida, catequizar gentiles, participar en aquella gloriosa expedición que estaba cambiando los mapas y el curso de la historia.

Se sujeta al barandal para no caer en un abrupto movimiento del mar, éste es como la vida misma, se dice, llena de tumbos y sorpresas para mantenernos ágiles, y en eso también está clara la voluntad del Creador. ¿Acaso, dentro de pocas horas, no se consumaría uno de los mayores milagros de la Creación, con la salida del sol, como ocurre cada día, a pesar de la tormenta? La luz del amanecer no se vislumbra, la lluvia no cesa, como los vientos que conducen a las naves, y todo ello forma parte del propósito de Dios. Escucha su propia respiración, siente dentro de sí mismo la vida, recorriendo el camino de su propia salvación, observa la cubierta del barco llena de suspiros y respiraciones agitadas de sus hermanos.

Llama su atención un hombre pequeño que va entre la multitud, que no le despega la mirada, que se acerca y luego se retira, como arrepentido. En pocos instantes, de nuevo lo tiene frente a sí. No temáis, hermano, propone Carmelo en voz baja, casi entre dientes, aunque no lo escuche, que si está lleno de desconfianzas y recelos, así están todos, si pudiera le diría que no se afane tanto, estamos en las manos del Señor, confiad, todo eso le diría, cuando escucha decir Dios mío, Señor Nuestro, ampáranos, ahora tiene al lado suyo al hombrecillo que lo toma del brazo. Estamos en manos del Creador, proclama Carmelo, la vida terrenal es un mero tránsito hacia la eternidad y la hora llegará cuando lo decida nuestro Padre, no cuando nosotros lo creamos, sin importar los peligros a los que estemos sometidos, agrega, mientras lo observa mejor, ahora que está cerca, sacudido por las olas, a la vez tratando de calmar sus propios miedos porque está tan temeroso como aquél.

Habéis escuchado lo que dicen, tiembla el hombrecillo, lo que murmuran los marineros, los que cuentan toda historia verdadera, hechos ocurridos en el pasado, relatos de pavor, gente que ha escuchado decir de primera mano, algunos que lo han experimentado y visto con sus propios ojos, emerger del océano dragones marinos, langostas gigantes, semejantes a caballos, y qué decir de otros portentos, rostros de

hombres con cabellos de mujer, dientes de león y corazas de hierro en la lucha contra el antiguo mundo pagano y contra Israel.

Calma, tales cosas no ocurrirán, responde Carmelo débilmente, esforzándose por no mirar hacia el océano y presenciar lo indecible, diciéndose en su mente todo lo contrario del consuelo: ¿Tales cosas no han sido anunciadas por el mismo Apocalipsis? Y no solamente por las Santas Escrituras, sino en las afirmaciones de sabios como Lucio Anneo Séneca, aseverando en sus Cartas Morales a Lucilio sobre la serpiente monstruosa, inmune a cualquier arma, a la cual ni siquiera el dardo pitio, la flecha memorable con la cual Apolo, hijo de Zeus y Leto, mató a la legendaria serpiente llamada Pitón, de donde deviene el nombre de *pitio*, que ni siquiera éste, piensa, podría herir al reptil marino con el poder suficiente de hacerlos sucumbir dado su espantoso tamaño que rechaza todo hierro y toda arma lanzada por el hombre.

¿Y qué decir del milagro que se dio hacía varias noches, ante los ojos atónitos de todos? En medio de rayos y centellas, los cordajes se cubrieron con los destellos de siete llamas de fuego, en la cúspide de los mástiles, sin incendiarlos, elevándose al cielo: ¡Es el fuego de San Telmo! ¡El fuego de San Telmo! exclamaban las voces, cuando el Capellán de la nave alzó su crucifijo hacia las alturas y se derrumbó, arrodillado, en un trémulo Padre Nuestro. La tripulación entera lo siguió hasta que cesó aquel místico prodigio del cual habla Plinio y Séneca y los romanos atribuían a Cástor y Pólux.

Tengamos fe, pronto cesará la tormenta, veo cierta resplandor tras las nubes, luego vendrá la calma, dice Carmelo. Un ligero mareo lo hace asirse al mástil, que tiene al lado, es el cansancio, se dice, esperando que resucite el día de entre la oscuridad envolvente. La insistencia del hombre lo vuelve a la realidad, Padre, necesito confesión, implora aquél con voz quebrada, y esta vez Carmelo lo mira directo, le aclara: él no puede darle el sacramento porque no fue ordenado sacerdote, es un simple mortal, un monje que pretende seguir la Regla de San Benito, en fin, un pecador, el más indigno de los hombres, en necesidad de exculpar sus faltas.

No importa, eres hombre santo, y yo estoy en necesidad ¿No véis que en cualquier momento puede asaltarnos la muerte? De nada sirve que Carmelo puntualice que va un capellán en la nave, así como muchos otros en el resto de ellas, no es a él es a quien debe buscar para confesión, pero el otro insiste que en ese largo viaje suficientemente lo ha observado, que mira su santidad, le dice, que no puede confiar en nadie más que en él, y otras cosas más, que ha sido iluminado de que por su mano obtenga la absolución y la paz, todo eso lo denuncia sin moverse de su lugar, repitiendo que no quiere morir sin confesión. Se le acerca mascullando muy quedo, aquellos hombres ¿los veis? Sí, aquellos, hace algunas horas escucharon tropelía de caballos, ellos mismos hace dos noches oyeron la misma carrera loca de equinos, como si estuvieran en guerra; uno de ellos los miró como os miro a vos, con sus colas alzadas como aguijones, semejantes a escorpiones, y uno más asegura que estuvo a punto de salir del inmenso mar la sombra horrenda de una bestia con diez cuernos y siete cabezas, sobre la testa brillaba una diadema y sobre la frente el nombre de *blasfemia*, el monstruo levantándose y hundiéndose en la inmensidad. ¡Por favor, tened piedad, salvadme de no morir en pecado como estoy! ¡Os suplico confesión!

Carmelo entrecierra los ojos y le tiembla el cuerpo, no desea mirar hacia la infinitud que los envuelve, le duele la espalda, como si llevara un gran peso, es la carga de superar la angustia de su propio miedo y a la vez dar consuelo a sus hermanos, como el que tiene al frente, antes de permitirle entregarse a la desesperación, visto que no desea confiarse al capellán. ¿No es por esa razón que lo ha colocado el Señor, allí, ese día, y en ese instante, dentro de aquella nao, para ayudar a sus hermanos? ¿A quién puede negar consuelo y esperanza? Los ruidos extraños salidos del océano le dan la urgencia que no admite demoras. ¿Qué tal si ambos, y toda la nave entera terminaran en pocos segundos en las entrañas de una bestia salida del fondo del mar? Él debe ser más fuerte, debe consolar.

Que no le es posible administrarle el sagrado ministerio de la confesión ni de la absolución, y aunque no quisiera escuchar lo que no debía, le dice Carmelo, mientras está en oración, le prestará los oídos a su conversación, como dos amigos se hacen confidencias, pero que en verdad hable a Dios Nuestro Señor, no a él, humilde siervo, para que descargue su alma apesurada, mientras encuentra el momento del verdadero sacramento.

El hombre insiste en que además necesitará consejo, y sin más, lo toma de las manos y lo dirige hacia un rincón de popa y puesto allí, cae de rodillas, donde Carmelo cumple lo ofrecido, porque es la Caridad la tercera y principal de las Virtudes Teologales, y en sí misma, el amor de Dios habitando en el

corazón de los hombres. No importa ya que insista no es aquella una confesión, ni que le exhorte en no arrodillarse, pero aquél apremia, y lo importante por ahora es fortalecerlo para afrontar lo que sea.

En el rincón de la nave se envuelven en una inaudible confidencias, en que uno habla y el otro escucha y después se intercambian los papeles sin que nadie perciba la conversación, cada quien absorto en la tormenta de sus propios miedos. Algo dice la suave voz de Carmelo, sobre los hombres, que solemos dejarnos llevar por la insensatez y la estulticia, como las bestias, en el camino de la vida, sin pensar que la justicia divina castiga, inexorablemente, al impío; debes enmendarte de inmediato.

¿Cómo? Pregunta el hombre.

Abandonad el pecado desde este mismo instante, haced una cruz a la tentación, decid *basta* al demonio y recordad que debéis buscar la verdadera confesión una vez estemos en tierra, mientras, debéis deponer vuestra pecaminosa actitud. Yo oraré por vos.

El interlocutor le toma de las manos y las besa de nuevo diciendo, que aunque sea nada más que un escucha de sus confidencias, como dice ser, sabe que lo tomará como si fuera un secreto de confesión, un fraile que no revela los secretos de sus amigos. Carmelo vuelve a insistir que detenga los malos consejos del maligno.

Has mencionado un caso similar, insiste el pequeño hombre.

Carmelo queda pensativo por un instante, aunque no lo ata el secreto de la confesión a lo que sabe, tampoco se trata de revelar secretos ajenos, a menos que sea en el estricto caso de ayudar con el ejemplo a un alma en necesidad, un caso que un momento de debilidad tuvo la imprudencia de mencionar, y ahora se ve obligado a continuar.

He mencionado un juicio del cual tuve ocasión de conocer en la Abadía.

Pues sí, a ese me refiero.

Era el caso ventilado por un inquisidor, el relato de un pecador, un lombardero, de una nave como ésa, que llevó a un paje de trece años a la parte de estribor. Domingo se santigua, no queriendo recordar el informe literal del juicio inquisitorio que rezaba: *Lo sentó, lo puso boca abajo, le bajó los calzones empujándole sobre unas picas y luego, tomándola natura entre las manos, le blandió las verijas, las nalgas y el culo, jugando y extrayendo, por donde hace sus necesidades, primeros con sus dedos y luego, bajándose las bragas, con la pretensión expresa de cometer el nefando pecado.* Nada de eso menciona a su interlocutor, se vuelve a santiguar y asevera que tal como le ha dicho, aquella terrible culpa no es más que eso, pecado nefando aunque cualquiera lo niegue, y si lo ha mencionado es para ayudar a salvar su alma. ¿Qué sucedió con el muchacho? Pregunta el pecador, aún arrodillado, con los ojos cerrados, y le vuelve el recuerdo del informe a Carmelo: ¿Qué iba a hacer el pobre? *del susto tomó los calzones y alzándose los huyó, mientras el lombardero lo urgía diciéndole: callad, por amor de Dios, no digáis nada, que yo os daré cuanto quisieses* y aquél le contestaba *qué creéis*, no se dejaría hacer lo de un moro, o de un hereje. El pobre muchacho hizo lo único que podía, encomendarse a Dios Nuestro Señor.

Aurelio abre los ojos, continúa de rodillas, está empapado y no son gotas de agua de mar sino producto de sus propios sudores, qué hizo el acusado, pregunta tembloroso, y Carmelo lo reconviene, el acusado, al ser interrogado, lo negó todo, alegando que no fue su intención tener acceso carnal, sobre todo porque el ofendido aclaró que no llegó a ser lastimado en la primera parte del hecho, más sí en la segunda, en la que protestó y salió huyendo.

Ah, dijo el penitente, y se levantó, sacudiendo un poco las rodillas. Miró al cielo y milagrosamente se vislumbraba el amanecer, la tormenta parecía amainar, como las tempestades del propio corazón atormentado, mientras se escuchaba la voz cadenciosa de Carmelo, porque sabréis, hermano, que se puede engañar a los hombres, pero no a Dios.

¿Y el castigo? ¿En qué terminó el caso del lombardero? Pregunta Carmelo, ya sin la expresión de angustia que tenía antes.

El castigo, dice Carmelo, tomándose cierto tiempo para pensar. También él ha observado que la tormenta amaina y la calma vuelve a los corazones. Algo le dice que debe poner énfasis en sus palabras para ablandar el corazón del confesado, mirando al cielo busca las mejores palabras, pide perdón por lo que comenta, antes de hablar, que aunque el lombardero, natural de Barcelona, negó tener las costumbres nefandas de los moros y de los turcos sus vicios, fue de todas maneras condenado a dos años de suspensión de navegar; en tierra, sin sueldo, so pena de prisión perpetua si llegara a quebrantar el veredicto;

correspondíanle los gastos por el proceso criminal que le hizo el General de la Armada, doblemente ofendido por pretender tan delito en la embarcación. Hechos y lugares, parecidos a los que en hoy día navegamos. Esto último lo dice Carmelo remarcando las palabras. Una cosa son las leyes de los hombres y otras las de Dios Nuestro Señor que murió en la Cruz por nosotros y nuestros pecados; con los nuestros, le hacemos morir una y mil veces nosotros mismos negamos la entrada al Paraíso, condenándonos eternamente al castigo del infierno.

Aurelio se estremece, se limpia con una manta los profusos sudores, ya para entonces ha amanecido y milagrosamente, la tormenta se ha calmado. A ambos los distrae un rumor de hombres que se mueven cambiándose de lugar en la cubierta, era el nuevo turno de guardia que ocupaba su puesto relevando a los anteriores. Más adelante, el timonel da instrucciones del rumbo a quien venía a sustituirle, también los vigías de proa y popa estaban entregando posiciones a sus reemplazos; a un extremo, el grumete, que había estado de guardia desde las tres de la mañana, da vuelta a la ampolleta o reloj de arena y soltando al aire su cantilena, da la hora:

Bendita sea la luz, y la santa Veracruz

Y el Señor de la verdad, y la santa Trinidad

Bendita sea el alma, y el Señor que nos la manda

Bendito sea el día, y el Señor que nos lo envía.

Después de la cantinela todos oran un Padrenuestro y un Avemaría, con las manos juntas, de viva voz, con los ojos cerrados. Carmelo también cae al suelo, de rodillas, sintiendo que la luz se abre paso en la oscuridad, entre la violenta brisa, cómo la Verdad trasciende la penumbra y el Dogma vence a las tinieblas. Así irá desapareciendo su temor hacia el *Mare Tenebrosum* y hacia los más profundos precipicios en que los hacen caer los pecados de los hombres. Respira profundo el aire salino que penetra sus pulmones, abre los ojos y mira el cielo más claro que antes, como si la terrible tormenta lo hubiese limpiado todo; esas cosas quiere transmitirle al contrito una vez terminada la plegaria, abre los ojos y para su sorpresa, el mortificado ya no está, se ha esfumado entre los hombres de la cubierta.

A lo lejos lo observa, al encuentro de aquél viene el grumete, el que dio la cantinela ese día, Carmelo mira a Aurelio santiguarse como si hubiese visto al mismo Satanás, *basta demonio*, le expresa haciendo una señal con los dos brazos en cruz hacia el grumete, que si sus miembros tuvieran fuego hubieran quemado al muchacho, y volteando la cabeza hacia otro lado, huye como una rata buscando su agujero.

La brisa está ahora más suave, trae aromas nuevos, de flores extrañas, no mirándose por ningún lado algún jardín, el hecho lo toma como premonición de los mundos otros por descubrir, los presentimientos del Paraíso, por el regocijo del cielo, cada que se gana un alma, aunque éstas caigan una y otra vez. Miró hacia el cielo, y estaba completamente despejado.